

La Esfera



Año I * Núm. 45

Precio: 50 cénts.



TIPO ITALIANO, por R. Angalés

El Jabón

HENO^{de} PRAVIA

no irrita la piel
como los jabones cáusticos.



Para convencerse basta aplicarlo á
la lengua y se verá que no pica

Ehrmann

Año I

7 de Noviembre de 1914

Núm. 45

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL PRÍNCIPE MAURICIO DE BATTENBERG

Heroico oficial del Ejército inglés, hermano de la Reina de España Doña Victoria, que ha muerto en la batalla del Iser, peleando contra los alemanes

DISIÑO DE GAMONAL

DE LA VIDA QUE PASA

LA VISION DE TRAFALGAR

INGLATERRA no olvida que todo su poderío de hoy, que su dominio de los mares lo debe á aquel día en que Nelson acabó para siempre con el poderío naval de España y quebrantó el de Francia. Desde entonces esta rotunda y sonora palabra española: «Trafalgar», se pronuncia con veneración religiosa en las escuelas, en las Cámaras, en los templos, en los hogares. Cada año, al llegar aquella fecha en Octubre, Inglaterra entera celebra el aniversario del gran suceso, que preparó y predestinó la vida de Europa, y aún del mundo, para todo el siglo XIX. Al pie del soberbio monumento alzado en la mayor plaza de Londres, *Trafalgar Square*, las corporaciones oficiales y las sociedades patrióticas y muchos anónimos ciudadanos depositan banderas y coronas y derraman flores. Ha sido allí, durante más de un siglo, donde se ha forjado el anhelo inglés de ser dueños de los mares, de poseer una escuadra superior á todas las extranjeras reunidas. Si alguna vez se ha cumplido enteramente la agorera frase: «los muertos mandan», ha sido ésta. Nelson sigue orientando á Inglaterra, la inspira, la gobierna. Para que este equilibrio naval no se rompa, para que Inglaterra siga siendo el supremo poderío naval del mundo, se desgarran Europa entera en una guerra cruel.

Este año, la glorificación de Trafalgar ha ofrecido el nuevo aspecto de encontrarse reunidos en una alianza guerrera, dos de las naciones que allí pelearon. Antaño, en las inscripciones doradas de las cintas de las coronas se enaltecía á los compatriotas vencedores y se deprimía á los extranjeros vencidos. Hoy se ha rendido homenaje á los franceses derrotados. Nelson y Villeneuve, si resucitaran, se asombrarían viendo borrado el odio entre las naciones costeras de la Mancha. Entonces, ¿por qué lucharon ellos? ¿por qué se exterminaron dos escuadras? ¿por qué murieron millares de marinos y soldados desconocidos, olvidados, para los que no hay monumentos, ni coronas, ni inscripciones laudatorias? Y nuestra pobre España, arrastrada á aquel trance por la ineptitud de sus diplomáticos y por la ineptitud del despedido almirante francés, ¿por qué luchó? ¿por qué murieron Churruca y Gravina? Toda nuestra grandeza acabó allí. Luego, á los pocos años, nuestra aliada Francia invadía nuestro territorio, destronaba nuestros reyes, saqueaba nuestras poblaciones y teníamos que pedir amparo á Inglaterra, la enemiga que nos había vencido.

La lección de Trafalgar no fué aprendida por España, como no nos han enseñado nada Santiago de Cuba y Cavite. Solo aquí la Historia no es maestra de la vida y timón de gobernantes.

Este año, la prensa londinense advirtió con anticipación á los patriotas, que al pie del mo-



Uno de los marinos ingleses heridos en Amberes, llevando á su pequeño hijo á visitar el monumento á Nelson, en Londres, el día del aniversario de Trafalgar

numento conmemorativo de Trafalgar, debía verificarse la reconciliación definitiva de Francia é Inglaterra, ahora unidas para exterminar á otro pueblo, que ha tenido la osadía de querer disputar á la Gran Bretaña el dominio de los mares. Así, Nelson ha recibido este año el doble homenaje de las banderas francesas é inglesas. Es como si su victoria resucitara, como si hubiese vencido dos veces.

Nosotros, españoles, podemos recordar á Trafalgar con orgullo. Si en Cavite unos viejos buques de madera no hubiesen tenido la osadía de querer cumplir con su deber frente á los modernos acorazados yanquis, pudiéramos decir que Trafalgar era la más nacional, la más típica de nuestras derrotas.

Y si en Santiago de Cuba, no hubiesen obligado nuestros gobernantes á lanzarse á la destrucción y á la muerte á unos cuantos buques, medio desmantelados, para acallar con su sacrificio á las ignaras muchedumbres que aquí, lejos del peligro, vociferaban sus patrioterías, diríamos que Trafalgar, con sus héroes, era la más clara muestra de la incapacidad que, á través de los siglos, gobierna á la nación española, entregando la dirección de sus destinos á los inhábiles, á los osados y á los desaprensivos.

arbolados se hundían, cuando Churruca y Gravina habían muerto, cuando las aguas se enrojecían con tanta sangre española!

Quienquiera haya pasado el Estrecho y virado hacia el Norte, ha visto en la costa española dos peñascales bravíos que avanzan en las aguas, amenazando al navegante. Han sustituido á las antiguas columnas de Hércules de nuestra grandeza: son Gibraltar y Trafalgar. Son el padrón, si no de nuestra ignominia, porque no la aceptamos resignados, de nuestro dolor y nuestra torpeza. Con Gibraltar acabó la integridad de nuestro territorio, que luego se desmembra y rompe en las viejas posesiones y acabó la posibilidad de españolizar la otra costa mediterránea. Con Trafalgar acabó nuestro poderío naval, nuestra acción sobre las colonias de los lejanos mares y la posibilidad de mantener un ideal marítimo.

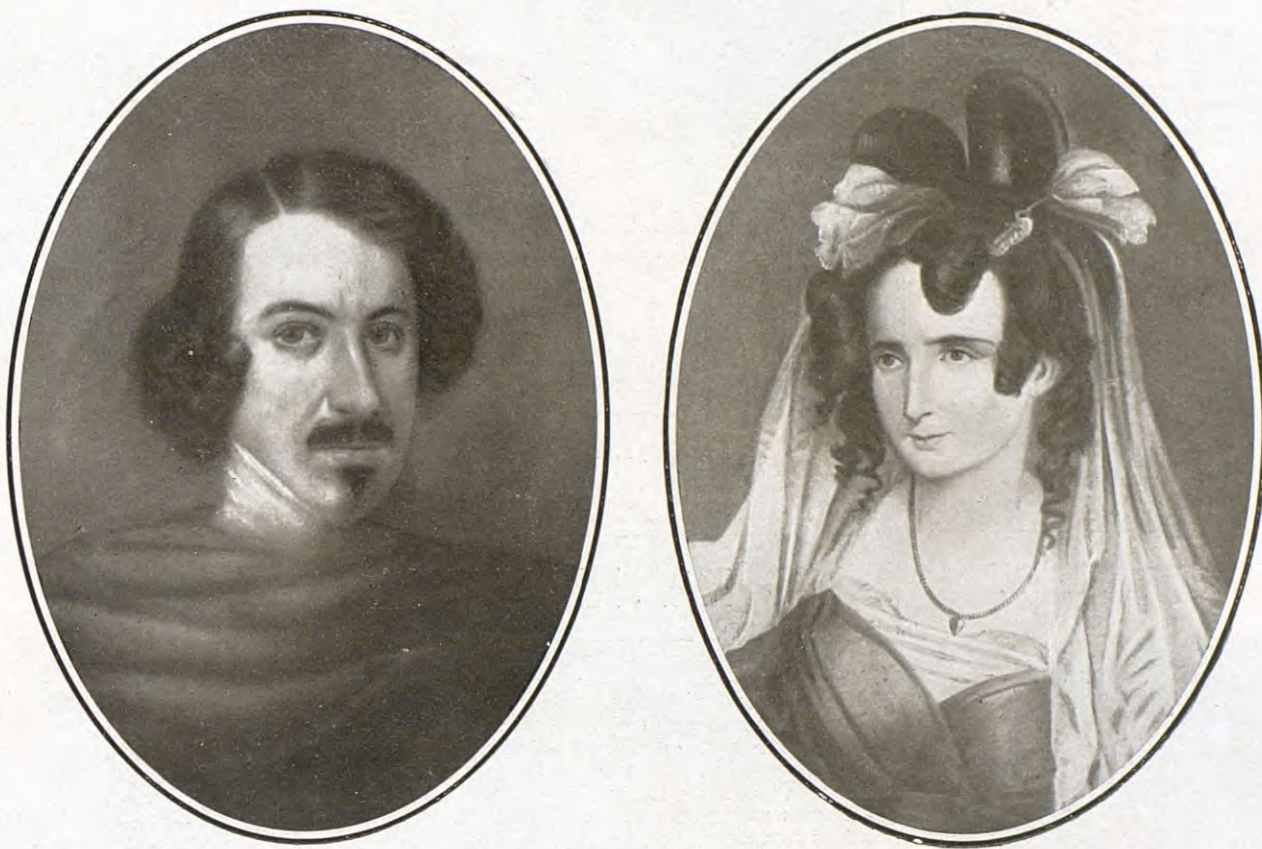
Como Inglaterra pronuncia con veneración religiosa en las escuelas, en las Cámaras, en los templos, en los hogares esta rotunda y sonora palabra española: «Trafalgar», debiera pronunciarla con rencor España cada día y cada hora... ¡Si es que el rencor significara en nuestra raza, voluble é impresionable, propósito de la enmienda!—DIONISIO PEREZ

La visión de Trafalgar debiera fulgurar perpetuamente ante los ojos de todo español. En pocos hechos de nuestra raza, como en ese, se advierte cuál es el mal de que agonizamos: la inutilidad de la iniciativa, la esterilidad del esfuerzo y la infelicidad del sacrificio. Todo nuestro siglo XIX puede condensarse en esas tres frases; toda la ciencia del gobernar español está en ellas desde Lerma hasta Calomarde y hasta los hombres de la Revolución y de la Restauración. Ellas explican nuestras absurdas guerras civiles y nuestros empeños de dominación colonial. Ellas justifican las páginas de nuestra Historia llenas de hechos heroicos, y llenas á la vez de adversidades que nos han ido hundiendo en la mediocridad de los pueblos, sin fuerzas materiales para hacer ni lo que quieren ni lo que deben.

¡Y esta lección de Trafalgar se ha olvidado; esta visión de Trafalgar se ha borrado de los ojos españoles! Un admirado cronista español, que reside en Londres, Juan Pujol, nos ha referido que entre los centenares de banderas, coronas é inscripciones con que se ha honrado este año el monumento de Nelson, y en las que por igual flameaban los colores franceses é ingleses y se repetían loores en palabras de ambos idiomas, sólo en una modesta corona había cintas con el rojo y el amarillo de la bandera española. ¡Y, sin embargo, fué la bandera española la última que se arrió en el desastrosado combate, cuando los cascos des-

DESHACIENDO UNA LEYENDA

Espronceda no fué imitador de Byron ni calavera



EL POETA JOSÉ ESPRONCEDA Y LA FAMOSA BELDAD DE SU TIEMPO, TERESA MANCHA, CANTADA EN SU CÉLEBRE POEMA "EL DIABLO MUNDO"
Retratos al óleo, que conserva doña Luz de la Escosura y Espronceda de Núñez de Arenas

Cuando florecía el autor de *El Diablo Mundo* estaban de moda las obras de Byron, y el Conde de Toreno procuró tomar venganza de ciertos agravios que le había inferido el mismo Espronceda haciendo correr la especie de que éste era un plagiario del famoso inglés.

No faltaron incautos, aun entre los admiradores del vate extremeño, que creyeron que se le honraba al compararlo con el entonces celebrísimo Lord (cuando lo que hacían era ofenderle al suponerlo imitador de su igual); y la fábula de los plagios byronianos tomó pronto cuerpo, adquiriendo con los años tanta autoridad, que no han faltado críticos que han imaginado ver imitaciones hasta en las poesías más diferentes, de las del inglés, del español; por no haberse tomado el trabajo de confrontar, libres de prejuicios, los supuestos plagios con lo que se dice plagiado, como *El estudiante de Salamanca* con el *Don Juan*; *La carta de Elvira*, virgen seducida, con la de *Julia*, casada y seductora; *El canto del corsario* con *La canción del pirata*, etc., etc.; de cuya confrontación habrían sacado el firme convencimiento de que á Espronceda le era imposible plagiar; se lo impedía su indisciplina ingénita, que, contra su voluntad, no le permitía sujetarse á la pauta de ningún modelo, y la exuberancia de su inspiración que, al intentar reproducir una imagen, se desbordaba ofreciéndole á raudales otras superiores y más bellas; por lo que, si Espronceda hubiera sido plagiario, puede afirmarse, sin incurrir en exageración, que habría hecho con lo plagiado, por bueno que fuese, lo que un escultor de primer orden con el barro que le sirve para interpretar su pensamiento transformándolo en obra de arte: lo habría sublimado. En prueba de este aserto, compárese su himno *Al sol* con el poema *Carthou* de Ossian, donde se desarrolla el mismo asunto.

Uno de los estudios más notables que se han hecho acerca de sus obras y de su carácter es el que, con el título de *Byron and Espronceda*, publicó el sabio norte-americano Philip H. Churchman, en el tomo XX de *La revue hispanique*, correspondiente al año 1909; y, al proponerse buscar las semejanzas, entre los dos vates, confiesa haberse encontrado con las siguientes diferencias, que ponen de manifiesto la ignorancia

de los que han venido llamando al vate extremeño *Byron español*: «mientras en las obras del inglés abundan los alardes de erudición, evidenciados en los prólogos y las notas, en las del español se destaca más su genio que su cultura; los asuntos de sus respectivos poemas son igualmente distintos, empleando Byron el adulterio y los temas bíblicos, que jamás utilizó Espronceda, y tratando aquél, casi siempre, de personajes aristocráticos, en tanto que éste prefiere á la gente de baja estofa. Byron, antipatriota, odia á Inglaterra y á todo lo británico. Espronceda, por el contrario, ama entrañablemente á España y á todo lo español. Byron es el hombre misántropo que huye de la sociedad. Espronceda es el hombre elegante eminentemente sociable. El inglés se retrata á sí mismo en casi todos sus poemas, mientras que á Espronceda (y esto es ciertísimo) no se le puede hallar entre los caracteres que describe.»

No obstante las absurdas especies que, sobre el baironismo del cantor del *Dos de Mayo* han circulado durante el siglo XIX, ya no hay un crítico serio que no reconozca la indiscutible originalidad de Espronceda y que no le considere tan grande, cuando menos, como Byron, Goethe, Leopardi y los más eminentes del mundo.

Sólo persiste la leyenda, en lo que se relaciona con su biografía, y de ello tiene él una parte de culpa.

Niño consentido, de padres bien acomodados, quiso gozar, desde la infancia, de todo lo que privaba en sus días, y como estaban de moda las emigraciones de los hombres de valer, como vestía mucho ser miliciano nacional, y como los chicos ilustrados presumían de escépticos, de progresistas, de románticos y de calaveras. Espronceda procuró seguir los gustos de aquella sociedad, sabiendo demostrar, en la apariencia, que era todo lo que convenía ser para lucir, y conduciéndose con tanta habilidad que, los que no le conocían de cerca, lo consideraban cual un *Don Félix de Montemar*, por temperamento, cuando no era realmente otra cosa que un *Ciudadano Nerón*, por deporte. Siendo un gomoso inofensivo, representó á las mil maravillas el papel de revolucionario y de bohemio; siendo un buen católico, pasaba por un librepensador; go-

zando en socorrer á los necesitados, simulaba burlarse de las desdichas del prójimo, y siendo víctima de las mujeres, se las daba de conquistador empedernido.

Léase, en confirmación de todo esto, cuanto han escrito sobre el asunto, don Patricio de la Escosura, don Roque Barcia, don José Zorrilla, don Juan Valera y los amigos más íntimos del poeta. Y por lo que hace á la fama de irreligioso que tiene entre los literatos de sacristía, no entre el clero culto, léase también con detenimiento su mismo *Diablo Mundo*, su composición á *Tarifa en una orgía*, sus cantos más inspirados y, sobre todo, la descripción de su *Viaje histórico de Gibraltar á Lisboa*, en la que se podrán apreciar sus sentimientos por las simpatías con que trata á la blasfema que iba en el mismo barco que él.

No obstante la elocuencia de los hechos, la circunstancia de haber muerto en plena juventud y en el apogeo de la gloria, cuando se publicaba su *Diablo Mundo*, la de ser el más sublime de nuestros poetas románticos y la de haber tomado parte en algunas algaradas infantiles, así como también el haber sido el autor de *El estudiante de Salamanca*, mozo valiente, enamorado y calavera, contribuyeron de consuno á que sus contemporáneos y la posteridad considerasen á Espronceda como el tipo representativo del romanticismo, y á que se creyese, por muchos, que en el *Don Félix de Montemar* había dibujado su propio retrato; escribiéndose y divulgándose de él, con tal motivo, una biografía fantástica, caprichosamente convencional, que ha circulado, sin contradicción, hasta llegar á nuestros días, en que ha sido rectificada por el espíritu imperante de revisión y crítica de todas las historias y de todas las leyendas del pasado, merced á los documentos, hasta hoy desconocidos, que se conservaban y se conservan en la *Torre do Tombo* de Lisboa, en las parroquias madrileñas de San Lorenzo, San Luis y San Sebastián, en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional y en los Archivos Histórico Nacional, Militar de Segovia, General Castrense, Municipal de Madrid, especiales del Ministerio de la Guerra y del de Estado, etc., etc.

J. CASCALES MUÑOZ



Retrato del Emperador Francisco José I, hecho el día 15 de Septiembre último



FERNANDO I
Nuevo Rey de Rumania



Nueva fotografía del ex Rey Manuel de Portugal con su augusta esposa



El príncipe Mauricio de Battenberg (X), en el aeródromo de la Ciudad Lineal, acompañado de los Reyes de España

DE LA REALEZA

En esta infausta hora en que, como hace cien años, se jugaba sobre el ensangrentado tablero de la guerra la suerte de Europa, de la que durante casi cuatro lustros fuera árbitro un genio de ambiciones desenfrenadas, fíjase la mirada con especial interés en las figuras augustas que ya al frente de sus ejércitos combaten, bien en sus deudos y familiares no menos ilustres que ó comparten con ellas las penalidades y peligros de los campos de batalla, ó sufren en sus alcázares las mil inquietudes y zozobras de esos peligros derivadas.

La guerra ha costado ya, en efecto, entre millares y millares de víctimas anónimas ú obscuras, vidas que señaló el Destino para brillar en las cumbres sociales, plácidamente, pero que no titubearon, cuando llegó la hora de defender la patria amenazada, en sacrificarse con sublime altruismo. Entre esas víctimas está la juvenil y simpática figura del Príncipe Mauricio de Battenberg, hermano menor de nuestra hermosa Soberana, figura heroica que acaba de desaparecer arrebatada por el monstruo insaciable, en plena juventud, cubriendo un nombre preclaro de laureles inmarcesibles.

Otra figura que despierta simpatía extrema en los instantes de dura prueba porque atraviesa Europa es la del nuevo rey de los rumanos, Fernando I. Llamado á ocupar el trono en circunstancias difíciles y excepcionales, lo que viene á centuplicar las graves responsabilidades que la Corona trae consigo, sin duda habrá de afrontar pronto dificultades de orden exterior provocadas por la participación de Turquía en la mundial contienda, determinante seguro de próximas luchas en la región oriental de Europa.

Completan esta página otros interesantísimos retratos de personajes reales, entre ellos uno, reciente, de S. M. la Reina Doña María Cristina, y el del Archiduque Francisco José, hijo del actual heredero de la Corona.



S. M. la Reina Doña María Cristina, con su nuevo nieto, el infante D. Gonzalo
FOT. CAMPÚA

LO QUE FUÉ PRINCIPIO DE INVIERNO

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

HUBO en el principio de aquel invierno de 1877, un evidente despertar de los anhelos nacionales. Después del reposo que imponía el resultado de disturbios pretéritos, recobradas las fuerzas del organismo nacional, iban asomando en la política, en el arte, en toda la Sociedad española, deseos y esperanzas que cuajaban en mil hechos, unas veces meramente curiosos, otras transcendentales y siempre consoladores.

Madrid ofreció en aquel año mayor animación aún que en los dos anteriores primeros, de la Monarquía de don Alfonso XII. Advertíase en Sociedades escolares, en Ateneos juveniles, que elementos aún no salidos de la mocedad, sentían la impaciencia por lanzarse á la lucha, por abrir nuevos caminos en los cuales desfogase sus bríos la intelectualidad española. En aquel año, tuvo el Ateneo un auge de los más grandes en su preclara historia. Interventían en los debates de sus sesiones Perier, que era un culto adalid de las derechas; Pisa Pajares, respetabilísimo maestro de la Facultad de Derecho; don Manuel Pedregal, uno de los entendimientos más serenos y robustos del republicanismo español en el último tercio del siglo XIX; Montoro, el autonomista cubano que tan gran papel ha representado en su país después de lograda la independencia; Romero Girón, un sabio jurisconsulto que á pesar de los embates de la política no perdió su merecida respetabilidad científica; González Serrano, el gran discípulo de Salmerón, literato y filósofo, todo en una pieza, para bien de la cultura nacional; Moret y Canalejas, que con sólo ser citados, quedan enaltecidos, y don Gabriel Rodríguez, don Gumersindo Azcárate, don Manuel de la Revilla y Moreno Nieto, que daban á sus discursos transcendencia de elecciones, aunque no fuera tal el propósito de los oradores.

Por cierto, que entonces se discutió en el Ateneo el problema social y un orador, el señor Borell, ateneísta distinguido, mantuvo con elocuencia y datos interesantes el criterio favorable al proletariado. El señor Borell, después de aquellas jornadas, se retrajo casi en absoluto de la manifestación pública de sus convencimientos y años después, cuando yo he asistido á los alardes de otros defensores de las reivindicaciones obreras, he recordado siempre á aquel orador del Ateneo, que siendo combatiente solitario, tan resuelto se mostró, y luego, cuando ya podía figurar en legión, quedóse por completo obscurecido.

Recuerdo también, que los trabajadores solicitaron asistir á las sesiones del Ateneo en que se discutía la memoria escrita acerca del problema social y que su solicitud fué denegada, porque el reglamento de la casa impedía atenderla afirmativamente.

Desde entonces acá, ¡cómo han variado las cosas! No sólo se franquean las puertas de todos los centros intelectuales á quienes desean recoger en ellos ideas é impresiones, sino que los más preclaros talentos acuden á las casas del Pueblo, para dejar en ellas semillas de enseñanza...

La política en los meses finales de aquel año, arduo un poco mortecina. Los amigos del gobierno de Cánovas, estaban tranquilos y satisfechos. Los moderados, después de su ruptura con Cánovas, quedaron sin rumbo á merced del oleaje de las circunstancias; los de la Unión Católica, después de sus extremos anteriores á la derrota y convencidos de ésta, meditaban combinaciones para entrar en cualquiera de las ministeriales. Se empezó á susurrar entonces, que el Rey se casaba con una Princesa española. Se hizo público que la elegida por don Alfonso era su augusta prima doña María de las Mercedes, y España entera aplaudió con visible júbilo la real elección. Cuando el duque de Sexto fué á Sevilla, donde estaban los duques de Montpensier, para pedirles en nombre del Monarca la mano de su hija, el país entero siguió con visible simpatía el viaje del prócer, que fué objeto de

grandes agasajos en la hermosa ciudad andaluza.

La curiosidad del público, tuvo abundante pasto con la embajada marroquí, que por entonces nos visitó. Reanudáronse las dichas embajadas, de las que, andando el tiempo, menudearon las repeticiones con escaso provecho para nuestra patria.

En obsequio de los marroquíes, hubo fiestas de las que, como principal, figuró un simulacro verificado en la dehesa de los Carabanchales. La fiesta militar fué espléndida, vistosa y lucida. El ejército, que después de la guerra civil, daba por vez primera en la paz señales de su instrucción, satisfizo á los más exigentes en aquella tarde otoñal, desabrida y trisona.

Recuerdo que fuí al simulacro en tranvía, que en aquella tarde hizo el primer viaje desde el



D. JOSÉ ZORRILLA

Puente de Toledo á Carabanchel. En este sitio se inauguró por entonces precisamente el manicomio del doctor Esquerdo. Utilizando el edificio de un colegio, donde por cierto se había educado Ruiz Zorrilla, fundó el ilustre frenópata un establecimiento que veinte años después constituía para su dueño título de gloria y de abundante provecho.

Madrid presenció por la época á que aludo, cómo se alzaba el patíbulo para cumplir la pena en dos condenados á muerte. La ejecución verificóse en el Campo de Guardias, al lado de lo que es hoy segundo depósito del Canal de Lozoya, y en sitio donde por fortuna la urbanización ha hecho imposibles espectáculos, tales como el del ajusticiamiento.

¡Cómo se han transformado los terrenos del antiguo Campo de Guardias y cómo ha crecido Madrid en aquellos y otros lugares. Chamberí, cuando sucumbieron los asesinos de la calle de Feijóo, era un barrio pequeño de las afueras de la capital. Veinte años más tarde adquiría ya la consideración de que hoy goza, como uno de los distritos más poblados y hermosos de la capital de España.

Los teatros empezaron la temporada con gran desaliento. El insigne Zorrilla quiso suplantar su legendario *Don Juan Tenorio* con otro transformado en zarzuela. El glorioso poeta, no sólo profanó su propia obra, consintiendo que poniéndole música se sustituyera á algunas escenas con arias, romanzas, dúos, concertantes y coros, sino que además rectificó varios pasajes de su propia creación inmortal. ¡Quiso quitar su auténtico y primitivo brío á *Don Juan Tenorio*, suavizar ciertas temeridades del legendario aventurero, tachar frases suyas que flotan y flotarán siempre en el lenguaje español! ¡Empeño temerario el de don José Zorrilla! Su zarzuela sucumbió y *Don Juan Tenorio*, el drama en siete actos, venció á la rectificación del propio padre del drama, justamente lastimado de que las ganancias que él producía enriqueciesen al editor.

Otro acontecimiento teatral fué el estreno en el Español de una comedia en tres actos y en verso titulada *El esclavo de su culpa*. Su autor, don Juan Antonio Cavestany, el respetable académico de ahora, apenas si entonces tenía bozo. El novel autor, fué recibido como la revelación de un literato, de quien se dijo que llegaría á ser árbitro de los destinos del teatro nacional.

Hablando de *El esclavo de su culpa*, recuerdo que también en el «clásico» se estrenó otro drama titulado *El frontero de Baeza*, escrito en verso (¡cómo no en aquella época!), por los señores Echevarría y Retes. En *El frontero*, que se aplaudió mucho, representaba un papel de muchacha seducida la gran Díez, que era en tal sazón una señora de bastante edad. El público no tuvo en cuenta ni la gloriosa historia de la actriz, ni los cánones de la galantería y doña Matilde pasó un rato amarguísimo. ¡Oh monstruo implacable, contra el que no vale nada pretérito ni secundario! ¡Sólo el imperio de la verdad es siempre fuerte contra él!

Otro suceso muy comentado entre cómicos y autores, fué el ocurrido en la temporada á que aludo. Estrenó don José Estremera, también en el Teatro Español, un juguete en un acto y en verso (en verso siempre!) titulado *Hay entre-suelo*. Antonia Contreras, que interpretaba uno de los papeles, se indispuso estando entre bastidores. Fué preciso interrumpir la representación y en vista de que la señorita Contreras no se repenía, desistir de que aquella noche se estrenara la obra que á la siguiente se aplaudió y se representó sin ningún tropiezo.

Y hablando de estrenos, Manuel Catalina, el elegantísimo cómico, reapareció en el Teatro de la Alhambra después de transformado y aunque literariamente no ofreció grandes novedades, introdujo la de sustituir la orquesta de antaño por los sextetos de ogaño.

También apareció con una obra nueva don Guillermo Perrín, que sin el concurso de Palacios escribió un drama titulado *Escupir al Cielo* y fué muy aplaudido en el Teatro Martín.

En la tertulia del café Imperial, donde acudíamos unos cuantos para pasar el rato y oír las piezas musicales interpretadas por Power y Fortuny, fueron temas salientes de nuestras conversaciones en algunas noches, los incidentes altamente trágicos de la guerra turco-rusa; la boda de la hija de los duques de Fernán Núñez con el duque de Alba; la noticia de que en Barcelona se había hecho el primer ensayo del teléfono, utilizando los hilos telegráficos entre la ciudad condal y Gerona; el susto que dió un tigre, que, escapado de la colección Bidet, paseó á sus anchas por las calles de Madrid, y la emoción con que se había presenciado el triunfo de García Gutiérrez que á los cuarenta años de revelarse en *El Trovador*, asombró al público con *La criolla*, una comedia muy bella, donde resaltaba por su arte y su hermosura, una artista joven llamada María Álvarez Tubau.

Por la transcripción,
J. FRANCOS RODRIGUEZ



NUESTRAS VISITAS

ENRIQUE BORRÁS



Al entrar percibí un fuerte olor á delicado perfume... ¿Era Heno?... ¿Era Pompeia?... ¿Era Indian Hay?... No sé... Acompañado siempre por su caricia enervadora pasé al despacho, que estaba en penumbras. Una criada zazona y alegre me examinó de pies á cabeza y recogió mi cartulina. Sabía leer y sorprendióle desagradablemente mi altisonante nombre. «¿El Caballero Audaz?»... No parecióle que estaba en armonía mi seudónimo, con la apacible tranquilidad de aquel nido; pero... ¡bah!...

Yo permanecía en pie sobre una hermosa piel de tigre, cuya cabeza fiera parecía quejarse de mi peso. Poco á poco se fueron mis ojos haciendo á la semiobscuridad de la habitación. Todo en ella es suntuoso, elegante y artístico. Las paredes están cubiertas por óleos de gran mérito. Hay un retrato á tamaño natural del gran trágico en *Tierra Baja*, pintado magistralmente por su paisano Casas; al lado, uno pequeñito de Maifren; varios de Rusiñol, y un centenar de fotografías, cada una de las cuales, en las horas de aburrimiento, le recordarán al dueño un admirador con quien intimó varios días, ó un autor con quien compartió un éxito, ó tal vez un buen amigo que *se fué*.

Se ilumina la lámpara del despacho y aparece Borrás.

—Perdone; no estaba en casa. Tuve que ir al ensayo del Español. *Pasábamos* «Don Juan Tenorio», mi obra detestada. Es que me pone nervioso; no lo puedo remediar. No siento la obra, ¿sabe?... Hace tiempo traté yo de modernizarla; pero me he convencido que es imposible, que *Don Juan Tenorio* hay que *can-*

tarlo. Y no es que yo diga que es mala la obra. Nada de eso... A mí me gusta mucho; pero vérsela hacer á otros. ¡Entonces yo casi me siento padre del *Tenorio*!... Una especie de D. Diego Tenorio.

Mientras hablaba el gran actor, descalzóse los guantes, color marrón. En el trato, Borrás tiene la misma voz sonora y la misma expresión sencilla é ingenua que en el teatro. Interesa su conversación porque recorta perfectamente las palabras y sugestiona con el gesto. No es superficial; se advierte que siente hondamente cuanto habla. Para cada situación de su charla tiene un

gesto que expresa tanto como su amena palabra. En sus ademanes es presto y elegante, y sus ojos, pequeños y pardos, están siempre melancólicos, dulcemente atristados.

Aquella tarde vestía Borrás un traje flamante color marrón; un hilo de platino, en alongados eslabones, con una perla, atravesaba su chaleco de bolsillo á bolsillo; en la corbata lucía otra perla, del tamaño de un garbanzo. Yo no había cruzado nunca mi palabra con Borrás y, sin embargo, es tan franca y tan sana su simpatía personal, que en cuanto hablamos cuatro palabras éramos ya dos buenos camaradas.

—Pero, hombre, ¿de mí qué va usted á decir que interese á los lectores de LA ESFERA?— exclamaba, con modestia encantadora.

—¡Bah!; muchas cosas—repuse yo—, y mientras más sencillas mejor... ¡Ya verá usted!...

—Bueno—resignóse—; fumemos al mismo tiempo.

Y sacando un veguero de Monterrey, me lo ofreció. El encendió otro. Mientras tanto, le pregunté:

—Usted, ¿es del mismo Barcelona?...

—No, señor; yo nací en Badalona, á unos diez ó doce kilómetros de la capital.

—Sus padres de usted, ¿eran ricos?...

—Eran comerciantes y yo me eduqué en el comercio.

—Y ¿cómo se fueron despertando sus aficiones teatrales?...

—Yo no sentía aficiones teatrales cuando pequeño. Pero, verá usted: me gustaba mucho leer, sobre todo poesía. Debido á esto, llegué á decirla bien y adquirí cierta fama de



lector poético... Tan era así, que, cuando en alguna solemnidad, había que leer versos, yo era el encargado de esta misión... A los diez y seis años, leí en unos juegos florales unas estrofas, que si mal no recuerdo, eran de Suaces Pelayo, y alcancé un gran éxito. El empresario del teatro Noveades, de Barcelona, que estaba presente, me dijo: «¿Tú no querías dedicarte al teatro?»... Yo deseché la idea como absurda. «¡Oh! Yo, de ninguna manera.» «Pues, si algún día sientes afición y te decides, preséntate a mí, que yo te sacaré.» Pasó algún tiempo de esto. Una compañía de aficionados del pueblo, iba a dar una función benéfica y el primer actor se puso malo; entonces recurríeron a mí; yo, acepté. Representamos una obra de Serafi Pitarrá: *Las joyas de Rosario*, y obtuve éxito. Desde aquel momento, en mi imaginación comenzó a bullir la idea del teatro. Por vicisitudes, que no hacen al caso, mis padres se arruinaron. Yo, que era el hijo mayor, varón sano y robusto, tenía que trabajar en una cosa ó en otra. Resuelto á ello, marché á Barcelona y me presenté á D. Antonio Totau, inteligentísimo director del teatro Noveades. Este señor, antes de contratarme, me quiso oír particularmente. Yo me negué á ello. «Mire usted, D. Antonio—le dije,—si usted me oye y no le gusta, he fracasado sin fracasar en realidad, porque el público no me ha juzgado y sin embargo, no podré entrar en ningún teatro, porque dirán los empresarios: «Cuando á Totau, que es tan inteligente, no le ha gustado, es que no vale.»—«También llevas razón—recuerdo que me dijo Totau—. Pues, nada, debutarás y si gustas, te contrataré.» En efecto, á los pocos días, debuté con *Jaimé IV ó la Campaña de la Almudaina* y al terminar el primer acto firmamos el contrato.

—¿Entonces, debutó usted con teatro castellano?...
—Sí, y estuve dos años cultivando este género hasta que pasé al teatro catalán, haciendo una larga temporada en Remea.

—¿Le costaría á usted trabajo habituarse á recitar en castellano?...

—Lo hablaba bastante bien; claro que me faltaba la práctica, la familiaridad.

—Entonces, por lo que veo, usted ha estado poco tiempo de galán joven.

—Nada. Yo nací al teatro, por suerte, claro, de primer actor. Ya ve usted, uno de los primeros papeles que hice, fué el Ernesto en *El gran Galeoto*, que por cierto, me gusta muchísimo.

—¿Cuántos años llevaba usted trabajando en Cataluña, cuando vino usted por primera vez á Madrid?...

—Llevaba catorce ó quince.

—Y ¿cómo no vino usted antes?...

—¡Por miedo!... Yo he sido muy pusilánime.

Y Borrás dijo esto con una sencillez y una verdad infantil.

—Y ¿quién, por fin, lo decidió?...

—Tirso Escudero. Me vió una noche, me hizo proposiciones ventajosas, acepté y sin contrato escrito, me presenté en Madrid. Lo demás de mi carrera ya lo conoce todo el mundo.

—Perfectamente—continuó yo—. Lo que no conoce todo el mundo es la obra preferida por usted.

—¿Mi obra preferida?—repitió Borrás, pensativo, al mismo tiempo que se acariciaba la barbilla—. No se cuál decirle á usted, porque son varias.

—¿Cuáles?—pregunté.

—*El Alcalde de Zalamea*, *El Abuelo*, *El Místico*...—hizo una pausa; después, continuó:—Yo, por la que siento más admiración, vamos, la que me gusta más, es *El Alcalde de Zalamea*.

—¿En cuál obra ha obtenido usted mayor éxito?

—Yo no mido bien esto; me parece que el público dice que en *El Abuelo*.

—Vamos á ver, Borrás, quiero que me explique usted algunos fenómenos que yo he observado en su persona, cuando está usted trabajando.

—Con mucho gusto.

—He advertido, que en escena llora usted á lágrima viva y que, sin embargo, su voz no se vela por el hipo del llanto. Es decir, que le caen á usted las lágrimas sin congoja; otra cosa que he observado es que en *El Místico*, por ejemplo, en el momento de la muerte, su rostro se empalidece con lentitud hasta quedarse cadavérico y después amoratado. ¿Cómo puede usted hacer esto?...

fermos y los muertos; encuentro mucho más difícil triunfar sano que triunfar enfermo. Tanto en el autor como en el actor. Si no, vea usted que á esta tranquila de los casos patológicos recurren todos los dramaturgos mediocres, porque es más fácil el éxito; pero también es más mentira.

—¿Qué autor contemporáneo le gusta á usted más?...

—Don Jacinto Benavente. Siento por su teatro una profunda admiración.

—Y, entonces, ¿cómo no hace usted obras de él?...

—Porque, desgraciadamente, no he tenido compañía apropiada para sus obras; pero ahora pienso estudiar bien cinco ó seis comedias suyas y llevarlas de repertorio.

Callamos. Allá fuera la tarde se iba envuelta en una monorrítmica y fría llovizna.

—¿Ha trabajado usted con la Xirgu?...

—Hemos hecho juntos ocho ó diez obras.

—¿Y qué opina usted de ella como actriz?...

Dudó un instante. Clavó en mí su mirada.

—Si lo va usted á publicar, todos los plácemes serán pocos; ahora bien, de usted para mí, le diré que no me llena plenamente esa muchacha; hay en ella una intuitiva, una artista, pero equivocada, ¿eh?... Ella se cree una Duse y no; tiene que estudiar y afirmarse en un maliz del teatro, que, precisamente, no será la tragedia.

—Y María y Fernando ¿qué le parecen á usted?...

—Son mis predilectos. María Guerrero es la actriz más completa que ha tenido el arte español y Fernando el actor que mejor ha sabido medirse, ¿eh?... Yo no he visto á Fernando nunca mal.

—¿Le ha producido á usted mucho dinero el arte?...

—Con él he vivido hasta ahora bien, y en la actualidad tengo ahorrados unos cien mil duros. Mis viajes á América han sido muy productivos.

—¿Cuántas veces ha estado usted en América?

—Tres.

—¿Tiene usted participación en la empresa del Español?...

—No, señor. Estoy contratado.

Hubo un silencio, y apuramos una copa de champagne.

—¿Es usted vicioso, Borrás?...

—No, señor. Es decir, sólo me domina un vicio, y ese, conforme van pasando los años, ya no me quiere. De lo demás soy lo que se llama un hombre sobrio.

—¿Cuándo estudia usted sus papeles?...

—De madrugada.

—¿Tiene usted buena memoria?...

—Tengo una retentiva enorme. El papel que yo estudio no se me olvida jamás; ahora bien, para yo llevar una obra perfectamente, necesito estudiarla lo menos un mes.

—¿Ante el público de qué sitio le gusta á usted más trabajar?

—Ante el de Madrid—exclamó resuelto—. Lo digo sinceramente. Yo trabajando en Madrid me encuentro como en mi casa. Es con el público que está más identificado mi espíritu. En provincias, del que guardo más grato recuerdo es del de Granada; aunque con todos me ha ido bien.

Fué más intenso el olor á perfume. Se oyó el frufrulear de unas sedas, en el pasillo, y llegó una bellísima dama. Era la señora del notable actor.

EL CABALLERO AUDAZ



Enrique Borrás, con su esposa

FOTS. VILASECA

—Por una sugestión que ejerzo sobre mí mismo. Enrique Borrás *sujeto*, ordena á Enrique Borrás *actor*, que lllore por que la situación de la obra lo exige así, y entonces, Enrique Borrás actor llora á lágrima viva... Si es un caso patológico, como en *El Místico*, lo mismo. Yo hombre me impongo al actor y como el actor es el «Padre Ramón», que está enfermo del corazón y que agoniza, yo, debido á esta autosugestión, me siento enfermo, febril y aprecio la cantidad de palidez de mi rostro por la frialdad que va adquiriendo. Esto mismo que á usted llama la atención y que yo no sé explicar de otra manera, extrañó grandemente á unos médicos que asistieron desde el escenario á la representación de *El Místico*. En el momento de echarse el telón, me tomaron el pulso y me auscultaron, porque decían que no era posible que estuviera normal. Grande fué el asombro de estos doctores, al ver que no acusaba ni la más leve alteración en el pulso. Y, sin embargo, mi piel estaba blanca y fría y mis mejillas empapadas del llanto.

—He visto que tiene usted preferencia por los casos patológicos.

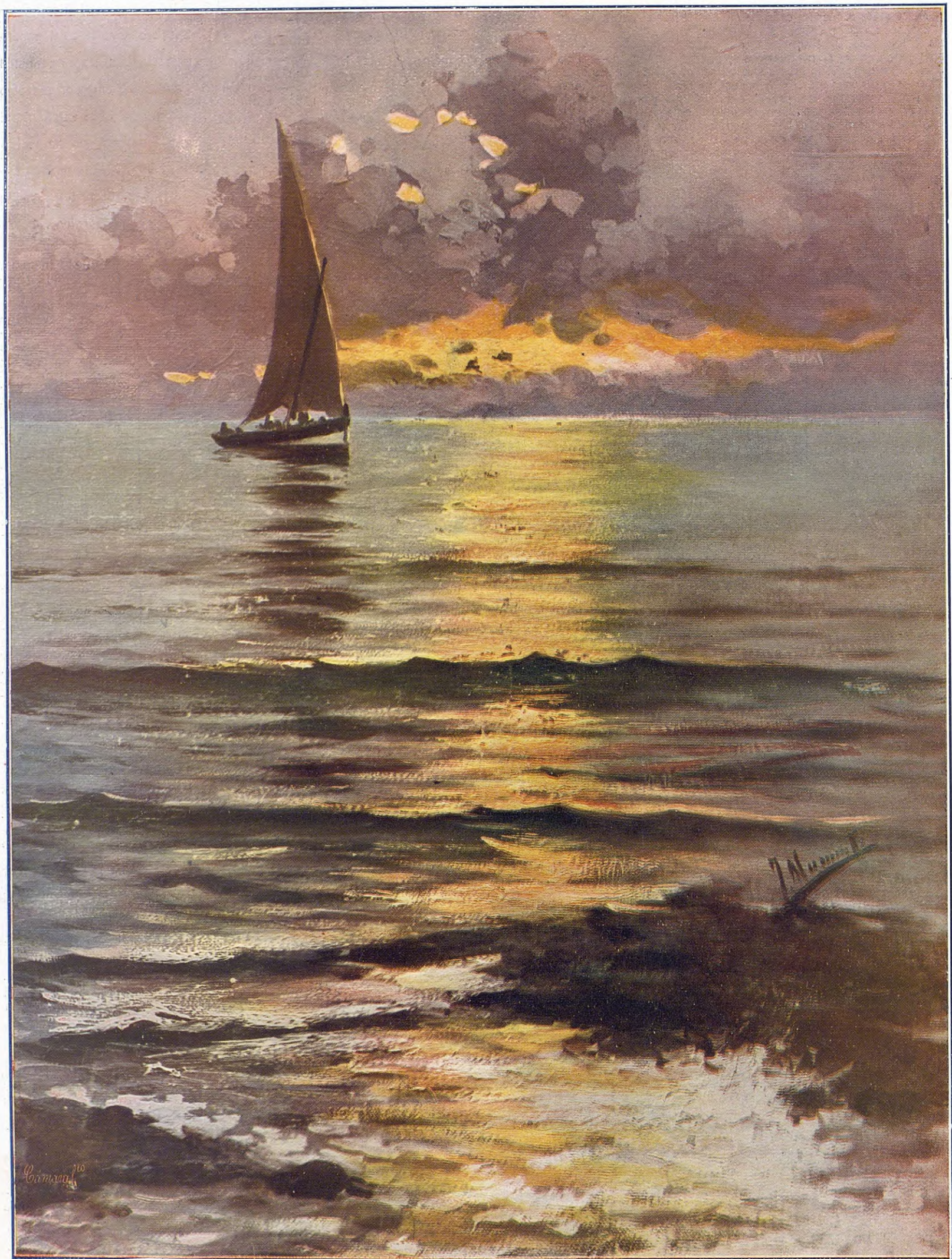
—¡Oh! ¡No!—replicó, rápido—. A mí no me gusta cantar la muerte, sino la vida... Y no es porque no me haya ido bien; yo no me he caído una vez muerto en escena que no haya arrancado la ovación. Tal vez sea porque el público esté deseando que no me levante más.

Reímos. El continuó.

—A pesar de estos éxitos, yo detesto los en-

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



PUESTA DE SOL

Cuadro de José Navarrete



LA CIUDAD AMENAZADA POR LOS RUSOS



LAS ORILLAS DEL DANUBIO EN BUDAPEST
A la izquierda el Parlamento y en lo alto de la colina el Palacio Imperial

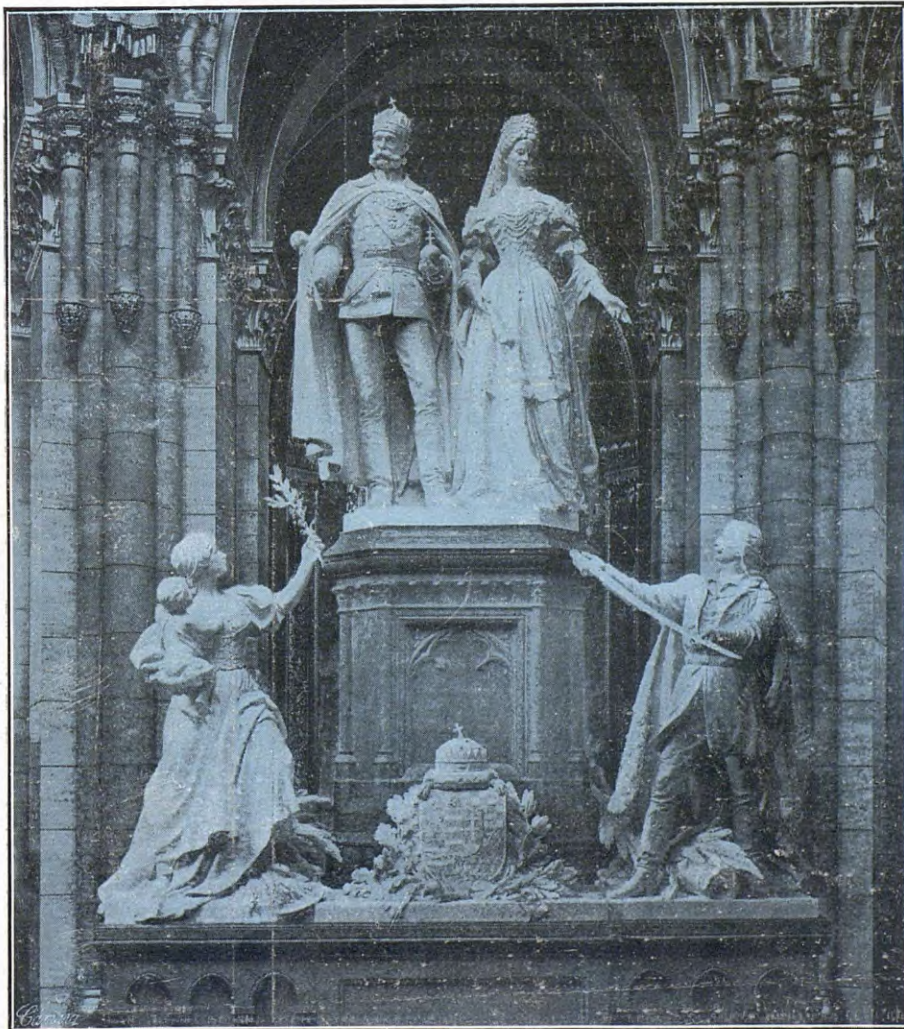
BUDAPEST, EMPORIO DE RIQUEZA

La ciudad codiciada por los rusos y servios, aquella por cuya posesión cometieron los primeros la osadía de internarse por los desfiladeros de los Kárpats, sin antes haber aniquilado a las fuerzas austriacas, y exponiéndose, por tanto, a ver cortada su línea de comunicaciones con el grueso del ejército, bien merece el riesgo y esfuerzo a que se lanzan los actuales enemigos de Austria-Hungría.

Aquellos a quienes la fortuna haya logrado el placer de visitar las dos grandes capitales del Imperio de Francisco José, rápidamente se habrán percatado del objetivo ruso, cuando después del asedio de Przemysl, y todavía no lograda la rendición de dicha fortaleza, atreviéronse los moscovitas a encaminar su marcha sobre la Babel de la Europa Oriental.

Difícilmente se deja al olvido por el viajero la bella población que a orillas del Danubio yérguese, cual espléndido tesoro del antiguo reino Magyar.

Su excelente situación topográfica ha sido aprovechada con exquisito arte por los arquitectos húngaros, para destacar sobre el límpido azul del cielo, los armónicos contrastes de sus ricas construcciones coronadas por doradas cúpulas ó rematadas por esbeltas flechas y artísticos minaretes. Nótase y ensálzase doblemente este lujoso aspecto de la capital húngara, cuando tras pintoresco



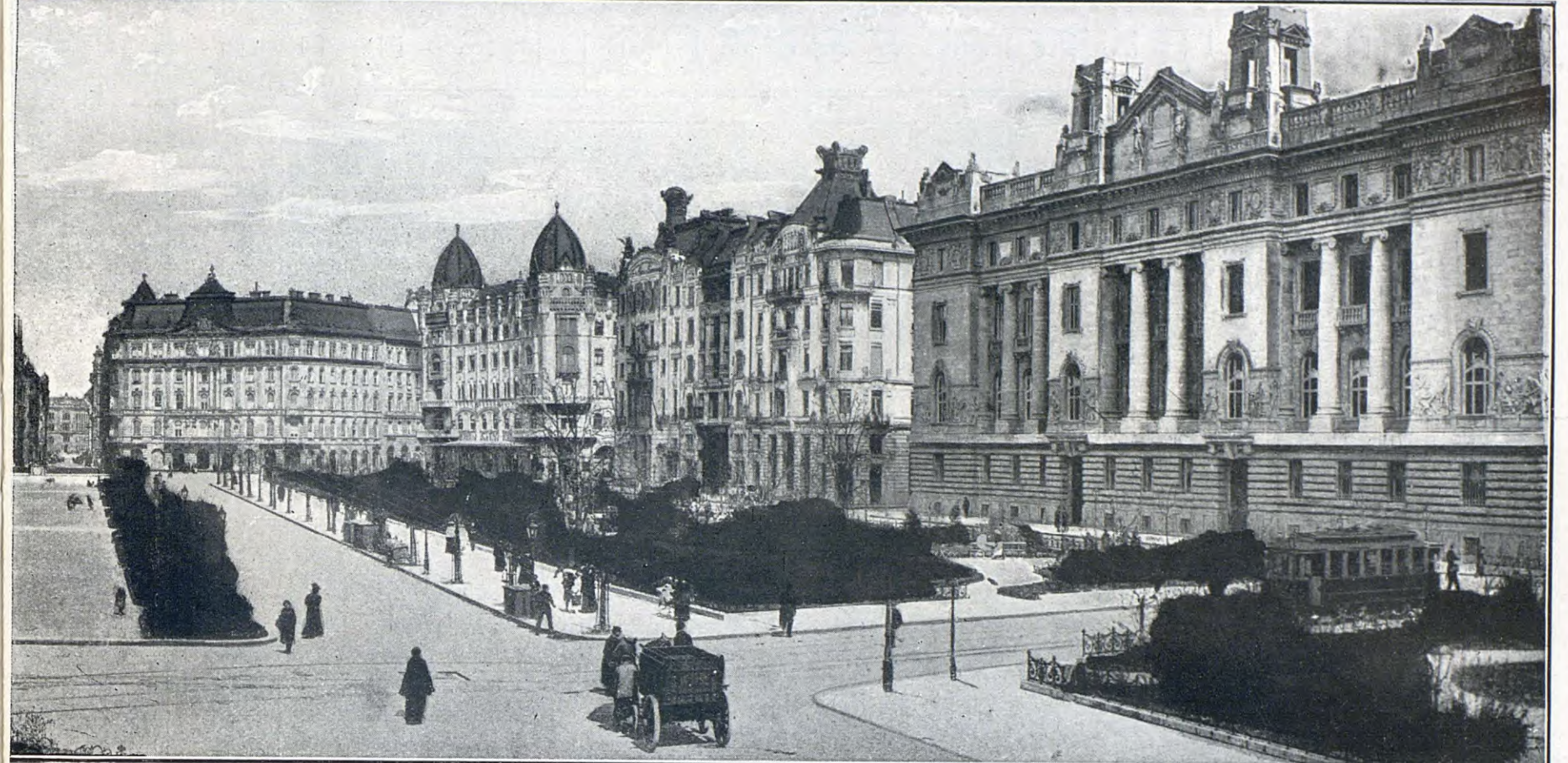
Estatuas del Emperador Francisco José y la Emperatriz Isabel, que se eleva en el "hall" del Parlamento

viaje fluvial, realizado en los vapores que con Viena la ponen en comunicación, arribáis a las cercanías de la etapa final y vislumbraís una de aquellas ciudades que vuestra imaginación forjó en la lectura de los cuentos de las *Mil y una noches*. Rasgan las pesadas tinieblas las iluminadas siluetas de las numerosas villas que pueblan la montaña en que se asienta Buda y culmina grandiosamente el efecto artístico, la colosal mole del más suntuoso Palacio Real que existe en el mundo, con sus ricas y blanquecinas fachadas y sus bóvedas de plateados reflejos.

Embelesados en la contemplación de tan bello panorama, abstraídos, separáis la vista de tan maravilloso conjunto para sumiros en el pensar de la suerte que os depara la Divina Bondad, al agradecer con tan envidiable fortuna, cuando, maquinalmente, posáis los ojos en otro cuadro que os atrae, que os parece superior a lo visto anteriormente. Sí, es la margen derecha del Danubio, es la rica villa de Pest, la que ante vuestros ojos se alza; aquí los suntuosos *Palace* hoteles, allí las residencias de los magnates judíos, más allá los Ministerios en cuyos antros se desenvuelve la vida oficial del país y, por fin, abarca la vista el espléndido moderno edificio que sirve de Parlamento a la nación y cuya artística, bellísima composición arquitectónica es maravilla del siglo.



La hermosa plaza de la Libertad.—A la izquierda,



el Palacio de la Bolsa; enfrente, el Banco Imperial

No reúne Budapest, en el orden económico, el aspecto especial que reúnen los grandes centros comerciales europeos, Londres, París, Hamburgo, en donde las transacciones se hacen en un orden progresivo, metódico; en donde la paciencia, la constancia, la inteligencia y la tenacidad al fin logran sus anhelos de enriquecimiento duradero; satisfacen esos negociantes el deseo de su vida, más bien en la formación de una fuerte y acreditada casa de banca ó de comercio que en la realización de negocios atrevidos que lleven a la formación rápida de una colosal fortuna. Por el contrario, es Budapest, el centro de contratación entre Oriente y Occidente del Imperio. Reúnen en los amplios salones de su Bolsa los mercaderes y especuladores de más original porte que pueda encontrarse. Turcos, armenios, indios, persas y otros pueblos acuden a ella en demanda de socorros monetarios, en forma de empréstitos, que sólo los bolsistas suscriben a cambio de condiciones verdaderamente leoninas. En estas épocas de gran movimiento financiero, ya no bastan los salones y el *hall* del moderno edificio, sino que hallais centros de operaciones mercantiles y bursátiles en todos los salones de los suntuosos hoteles *Palace* que tanto abundan en Budapest. Allí gesticulan, se alborotan y tras largas polémicas convienen en los cambios ó en los precios á que han de realizar sus valores. Es sorprendente é inolvidable el efecto de tan original espectáculo, máxime cuanto á las variadas razas que en dichas salas se reúnen. Allí hallareis junto al astuto persa el desconfiado turco, allí vereis en acalorada discusión, el cobrizo indio oponiendo su tesis á las teorías del blanco del Cáucaso.

La unión de tan variados pueblos en el intercambio mercantil y que tanto ha



Vista panorámica de Budapest,



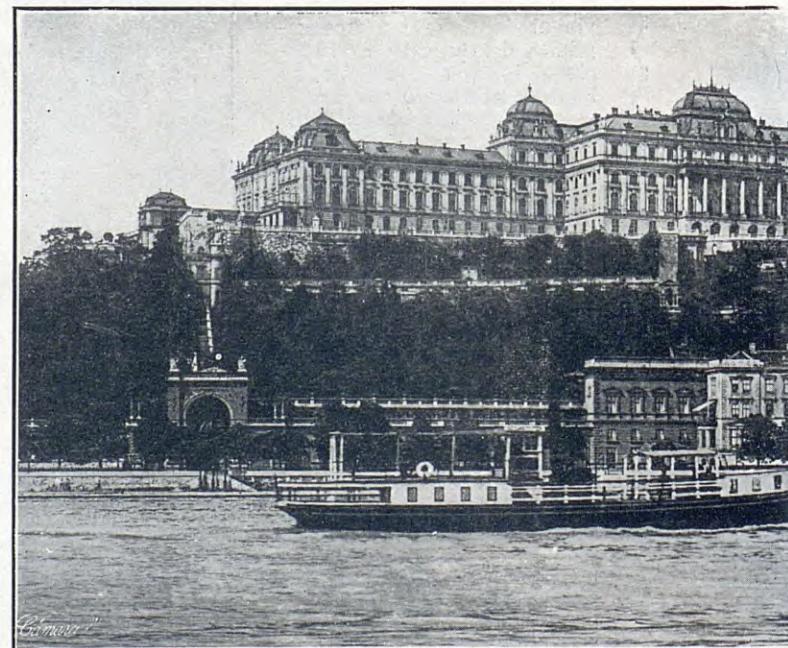
tomada desde el Palacio Imperial

contribuido á la formación de la riqueza de la moderna ciudad, ha dejado sentir su influencia en el arte de las nuevas construcciones que para alojar los múltiples ramos de la actividad financiera se han edificado. Arte mezclado de orientalismo (en la ciudad hay una célebre Academia de Estudios Orientales), de influencias germanas modernas, quizá influido también por las armónicas y suaves líneas galas, y las tradicionales del país, arte que caracteriza á la ciudad en sus composiciones arquitectónicas. Así, el soberbio edificio del Parlamento, que en su amplio recinto encierra ambas cámaras, el Senado y el Congreso, no obstante estar inspirado en las bellas formas del arte gótico, diríase creado por artistas italianos de aquellos que tan poco gustaban de esta medioeval creación. Formas nuevas han sido creadas para las magníficas mansiones que alojan las poderosas sociedades que desarrollan la vida económica del país. El palacio, cuya fotografía va adjunta, es de las composiciones modernas más originales que la arquitectura del siglo ha creado. Débese, sin duda, á la hábil mano de artista que conociera las artes asiáticas y las modernas tendencias del arte vienés. La morada imperial, el mejor edificio que en su clase existe en el mundo, y emplazado en lo alto de la colina que domina á Pest, es una maravilla del arte barroco mezclado con influencias eslavas. ¿A qué seguir enumerando bellas edificaciones de la capital húngara, si lo son todas? El oro afluye á ellas y en ellas se regala para su embellecimiento.

Sí, servicios y rusos, no en balde codiciáis la posesión de tan rica ciudad, no sin razón haceis de ella la Meca de vuestros deseos de ambición, de vuestros deseos de lucro.—JUAN CASAS



Los inmuebles, propiedad de la archiduquesa Clotilde



La Mansión Imperial, el más suntuoso



edificio, en su género, que existe en el mundo



El colosal puente de hierro, que une ambos márgenes del Danubio en Budapest

□ □ □ CUENTOS ESPAÑOLES □ □ □



Una conquista de Don Juan

A COSTUMBRADO á rendir el último escrúpulo femenino con dos miradas fulminantes ó tres banales palabras decisivas, don Juan halló interesante la resistencia que la linda Marquesa le manifestaba en aquel baile, en el cual veía él en todas las mujeres el deseo curioso de disculpar con una falta igual los pecados amorosos que de muchas otras se contaban, á propósito del famoso burlador sevillano, para quien los palomares más vedados eran como baldíos sin dueños ni guardián.

Esquiva, desdenosa y apeteciblemente altiva sólo la Marquesa parecía rebelde á la tiranía que el nombre temido y acariciado de don Juan ejercía así en la dama más noble como en la más humilde de aquella ciudad fastuosa, donde provisionalmente asentara el voluptuoso real de sus victorias innumerables.

Por eso el inexplicable desdén de la Marquesa excitaba al garboso héroe de las lúbricas derro-

tas, hasta tal punto, que, de haber tenido corazón, don Juan, capitulando vergonzosamente, habríase apasionado por ella como cualquier vulgar amador.

—Conozco una mujer que no quiere saber de tí—habíale dicho á don Juan un su confidente inseparable.

—¿Que no quiere saber de mí? No lo creas. Será que se contenta con saber que yo sé dónde está.

—Siempre con tus sutilezas de galán; mas lo cierto es que se te muestra indiferente.

—¡Indiferente! He ahí una cosa que moriré sin haber conocido en las mujeres. La indiferencia no huye ni vuelve la espalda. Las indiferentes, si acaso las hay, deben mirarnos de frente, tranquilamente, sin temor.

—Pues ó lo que la Marquesa siente por tí es indiferencia ó yo no me llamo don Diego.

—Si dentro de tres días la Marquesa no delira

de amor en mis brazos, dejaré yo de ser don Juan.

—Propongo una apuesta.

—Acepto simplemente tu desafío.

—Tres días dices.

—Dos si prefieres. Tal vez uno.

—¿Para conquistarla?

—Para hacerla mía.

—¿Piensas sorprenderla en su palacio?

—Si es preciso. Pero tal vez sea ella la que venga á buscarme.

—¡Y para tanto un solo día!

—O solo unas horas; quién sabe. El amor gusta de volar.

En este instante la Marquesa pasaba al fondo de la sala en dirección á una de las galerías y don Juan no tardó en aproximársele.

—¿Para qué osais mirar á la luna cuando la luz de vuestros ojos puede hacerla ocultarse avergonzada?

—Veo que ni aun aquí vuestra insolencia me deja en paz.

—¿Y puede acaso pensar en paz quien desde que os ha visto no conoce el reposo?

—Podáis al menos conocer el respeto.

—No lo conozco, es verdad; mas quiero fingir conocerlo. No os importunaré mucho tiempo. Heme acercado tan sólo para deciros que esta noche tendré el placer de escalar el muro del jardín de vuestro palacio.

—Mis servidores sabrán castigar vuestra insolencia.

—¡En qué poco tenéis la vida de vuestros servidores! En fin; la advertencia está hecha. De madrugada iré á respirar el perfume de vuestras rosas.

Y de madrugada, conforme lo prometiera, don Juan, acompañado de su fiel escudero, dirigióse al palacio de la Marquesa, cuando al llegar al muro del jardín un embozado les salió al paso blandiendo su acero. De una certera estocada don Juan le hirió; mas como algunos criados de la Marquesa, acudiesen agresivos en auxilio del compañero, don Juan, señalando al que yacía en tierra, advirtiéndoles que igual suerte infausta les esperaba si pretendían imitarlo. Mejor les era ponerse de su parte. De ese modo evitaríanle el trabajo de quitarles la vida y hasta recibirían digna recompensa en caso de hacer lo que él les indicase. Rindiéronse los hombres ante tal promesa y don Juan convino con ellos en que volviesen sin

demora al palacio, y cuando su ama los interrogase sobre lo sucedido, dijéranla que lo habían maltratado tan bárbaramente que pocas probabilidades había de que don Juan pudiese sobrevivir á los golpes recibidos. Para corroborar lo dicho le llevarían su sombrero, su capa y una espada rota que premeditadamente encargárase de llevar su escudero.

Así se hizo y la Marquesa, que había pasado la noche en vela, presa de horrible ansiedad, quedó aterrada al conocer los funestos efectos de su resolución. ¿Qué dirían de ella en toda la ciudad cuando se supiese que fuera la causante de la muerte de aquel esbelto y atrevido don Juan, cuyo nombre tornaba más rojo los labios de las mujeres?

Dolida, desesperada, no pensaba ahora la Marquesa más que en tener noticias del herido. Al rayar el día envió un criado á casa de don Juan para informarse de su estado. Aleccionado por éste, el criado volvió con alarmantes noticias, comunicando á su ama que don Juan le mandaba á pedir algunas hilas y vendas con las que cubriría sus heridas.

Cada vez más asustada mandó la Marquesa otro criado con gran provisión de vendajes y varias botellas de los mejores vinos de su bodega.

Serían las nueve de la mañana cuando este segundo emisario salió de palacio, para de allí á una hora tornar diciendo que don Juan, próxima la hora de su muerte, se atrevía á rogar le envia-

se una rosa de su jardín para besarla en sus últimos momentos.

La Marquesa estaba tan conmovida que no reparó en la cara burlona del criado al trasmitirle el recado. La súplica de don Juan apeteciendo una rosa de su jardín, enterneciéndola de tal manera, que gustó, más galante, enviarle un gran ramo por mediación de su doncella.

La doncella de la Marquesa era bonita. Nada costó á don Juan adiestrarla en los secretos de la intriga, si bien en esto hubo de emplear más tiempo que en el soborno de los criados.

Contando con impaciencia las horas que la doncella tardaba, la Marquesa atormentábase con la perspectiva de que aquellas rosas hubiesen llegado tal vez demasiado tarde, para que don Juan pudiera aspirar los besos que en sus hojas había ella depositado.

Eran las once cuando la doncella volvió, diciendo á su ama que don Juan estaba agonizando.

No pudo entonces la Marquesa contenerse por más tiempo.

Mandó preparar el coche. Atavióse con el más lujoso de sus vestidos, consteló de joyas el cuello desnudo y, con un secreto presentimiento de esperanza, fué á hacer presente á don Juan su arrepentimiento.

Al medio día, don Juan había ganado la apuesta.

GONZALO SEIJAS

DIBUJOS DE MANCHÓN



LAS BOCAS DE CATTARO



Vista general de Cattaro, tomada desde la parte Norte

LA AMBICIÓN MONTENEGRINA

Los aguerridos montenegrinos recogieron bravamente el reto que el imperio austro-húngaro lanzó a los serbios, con ocasión del asesinato en la Bosnia de los príncipes herederos, y de nuevo volvieron a la liza, sin haber restañado las heridas que la campaña turco-balcánica abrió en su exangüe tesoro nacional. Pueblo levantisco y pobre, busca en la guerra expansión a sus dominios, fiando la integridad de su suelo a los escarpados gigantescos de sus indómitas montañas.

Más de 10.000 bajas sufrieron sus decididas huestes en lucha con los otomanos y el hambre se enseñoreó del pequeño país que sueña con desgarrar la Dalmacia, para extender su costa por el litoral del Adriático.

Montenegro posee una potente artillería de sitio: 40 piezas pesadas que se agrupan en 10 baterías, regalo en su mayor parte de Italia y Rusia. Son estos cañones modernas máquinas de guerra, de 12, 15 y hasta de 24 centímetros, algunos obuses de 21 y morteros de 9, 15 y 25. Con esta artillería, que les dió el triunfo en la pasada contienda, baten un día y otro día desde que comenzó el conflicto la vieja ciudad de Cattaro, que asienta sus vetustos edificios al pie de las abruptas montañas de Cernagora (Montaña Negra), hoy Montenegro.

Truenan los cañones montenegrinos sobre el abrigado puerto de la Dalmacia, la vieja Ascrivium, guardada por la parte del mar por las bocas de Cattaro, que abren paso al resguardado golfo.

Calles estrechas y sombrías, casas viejas y modestas, Catedral con dos altivos campanarios, colegiata católica de bizantino arte, monasterio silencioso de frailes franciscanos, exótico mercado montenegrino de curioso sabor oriental, ante la puerta Fiumara, hoy cerrado y solitario viejo recinto amurallado, con puerta abaluartada y baterías defensoras, y a vanguardia vetustos fuertes de piedra; el puerto bordeando la ciudad, y fuera de las murallas el río Fiumara que impulsa las ruedas de piedra de antiguos molinos y vierte en el mar las aguas que a él afluyen de las montañosas vertientes y el Gordicehio que oculta su breve curso en subterránea inmersión.

Esta ciudad, ambición codiciada de los montenegrinos, tiene una historia accidentada: colonia romana hasta el siglo V de nuestra era, fué

presa de los godos, expulsados luego por Justiniano y como a nuestra península llegaron a ella los sarracenos, obligando a sus moradores a huir a las atrevidas montañas que la atalayan.

Más tarde los reyes de Serbia protegieron la ciudad, reconquistada por la fe y constituida en república; y en el siglo XIV Hungría fué su protectora. Por breve tiempo pasó a ser feudo de Venecia, y de nuevo volvió a la protección húngara. Venecia se adueñó otra vez de Cattaro, que sufrió dos asedios turcos en 1538 y 1647 y entre ambos un terremoto que la devastó, reconstituyéndola los venecianos.

Sublevada la ciudad contra el poder de Venecia, parte de sus habitantes se internaron en Turquía y otra parte en Rusia, como consecuencia de una revolución, dos años después.

Abatido el poder veneciano, pasó Cattaro al yugo de Austria hasta que en 1806, cedida a Francia la Dalmacia, quedó bajo el dominio del imperio napoleónico; en 1813 fué posesión británica y montenegrina; en el transcurso de un año y un siglo ha la recobró Austria de manos de los montenegrinos, que hoy, cien años después, pretenden volverla a recobrar.

Las bocas de Cattaro, abren paso al golfo que es extremo meridional de la Dalmacia, al Sur de Ragusa, sobre el Adriático. Estas bocas, entre las puntas de Orza y Ostro, tienen 2.800 metros de hondura. El canal sinuoso se bifurca después, separando las dos ramas la isla de Rondoni, y dejando entre la pintoresca isla y las puntas de Ostro y Orza, respectivamente, la boca grande y la boca pequeña.

En el fondo del canal se hallan las bahías de San Teodo, Tisano, Topla y Cattaro.

Defendida con minas submarinas la entrada de estas bahías, por ambas bocas, es poco menos que imposible a las escuadras aliadas coadyuvar con su acción ofensiva al tenaz asedio de los montenegrinos.

Estos, favorecidos por las agrestes montañas en que se asienta su diminuto reino, desafían el poder austriaco, como ha poco desafiaron el otomano coaligados con los demás pueblos balcánicos.

Pueblo guerrero, quiere abrirse franco paso con su esfuerzo batallador, continuando su accidentada historia de luchas y combates. Nació este pueblo a consecuencia de una recia batalla y en la pelea busca su vida próspera.

Cuando en 1389 perdieron los serbios la batalla de Kosovo, viendo deshacerse su floreciente imperio, parte de los supervivientes a la sangrienta derrota, atravesaron con sus familias el Sanyakato de Novibazar, huyendo del bárbaro furor de los conquistadores otomanos, y se guarecieron en las montañas al amparo del Monasterio de Cetinje, reconociendo la suprema autoridad del prior, cargo que quedó vinculado, de tíos a sobrinos, en la familia de los Petrowich-Niegusch.

Desde Danilo I, se constituyó el priorato en principado, y desde 1910 se estima como reino. Montenegro fué el Covadonga de la reconquista serbia; por ello un afecto sincero y hondo, liga a los dos pueblos, igualmente enérgicos, igualmente guerreros e igualmente sobrios.

Como la población es escasa, el servicio militar es en los montenegrinos obligatorio, y dura hasta los sesenta y tres años, desde los diez y ocho a cuarenta y cinco años de servicio; como reclutas a los diez y ocho y diez y nueve años, con ejercicios en la paz de tres a doce meses; en el ejército activo, desde los veinte a los cincuenta y tres años, y en reserva, desde los cincuenta y tres a los sesenta y tres, con asambleas anuales de varios días.

El montenegrino es de talla media, robusto, sobrio y resistente, condiciones que hacen de él un soldado excelente.

El territorio montenegrino consta de cuatro distritos de división, que se fraccionan en 11 de brigada y 56 de batallón.

Cada aldea, por regla general, nutre una compañía; este sistema de reclutamiento es estímulo de heroísmos, por noble afán de acreditar la bizarría de un pueblo o de una familia.

En cada compañía hay un abanderado, *Bairaktar*, que lleva la enseña de la tribu, dignidad honorífica que se perpetúa por servicio, en las familias de padres a hijos.

El fusil de los infantes es del sistema ruso Moskowka, repetidor, de cinco cartuchos y de 7,62 milímetros de calibre, que siempre lleva la bayoneta armada.

Este es el pueblo que, al cabo de un siglo, quiere volver a ser dueño del puerto de Cattaro, que la naturaleza adornó con exquisita exuberancia y defendió maravillosamente contra marítimas asechanzas de los colosos del Océano.

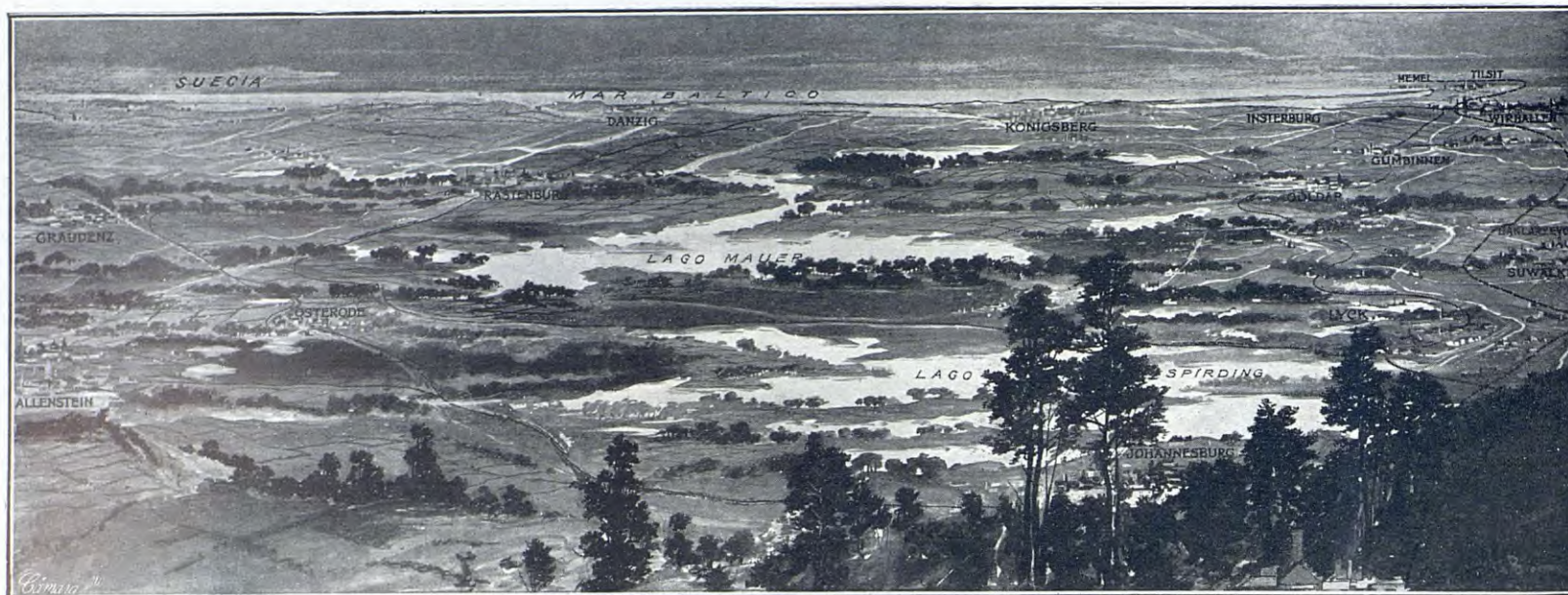
M. ARCIAL



PINTOESCA VISTA DEL FONDO DEL CANAL DE CATTARO



Un rincón trágico del campo de batalla, en las cercanías de Lizy, en donde quedaron destruidas varias baterías prusianas y el primer batallón del primer regimiento de la Guardia



La región de los pantanos, en la Prusia Oriental, en donde han sido derrotados los rusos, con grandes pérdidas

LA GUERRA EN ORIENTE

Fija nuestra atención en Occidente, las peripecias de la lucha en las regiones orientales del vasto continente llegan á nosotros desfiguradas y confusas. Veces y veces hemos dado por deshecho á un ejército tan bizarro y diestro como el austro-húngaro; veces y veces hemos supuesto á los moscovitas en la ruta de Berlín; cuándo dabamos por cierto el rico botín que Europa brinda á los cosacos del desierto y cuándo creíamos en millones de hombres sedientos de sangre y ruinas, que llevaban la desolación y la muerte á vastas regiones de las que se habían adueñado.

Seamos parcos en el creer y sedimentemos las noticias que novelaron las agencias, con fines quizá aviesos.

Rusia es grande, es poderosa, tiene un ejército aguerrido y fuerte; pero desconfiad de las estadísticas que suman, en el imperio de los zares, decenas de millones de soldados, y tened en cuenta que frente á sí tiene dos enemigos de briosas fuerzas, un terreno poco hábil para guerras de conquista y una lentitud parsimoniosa en sus operaciones marciales.

La fuerza de choque rusa, movilizada en los primeros días de esta cruenta guerra, alcanza 27 cuerpos de ejército: 2, en Kazán; 5, en Kiev; 5, en Moscú; 2, en Odessa; 4, en Petrogrado; 5, en Varsovia, y 4, en Vilna; en total: un millón 80.000 hombres, calculando 40.000 por cuerpo de ejército; mas como de esta cifra hay que deducir por bajas naturales, según cálculo prudencial, un 20 por ciento, quedan, aproximadamente, 864.000; agregando los cuerpos siberianos permanentemente en pie de guerra, pueden sumarse muy cerca de 200.000 hombres, con lo que se ve que el efectivo total de combatientes excede en muy poco del millón, sin llegar á las fabulosas cantidades que hemos dado en asignar á tan ya crecido contingente militar.

Rusia se sobrepuso al desastre de la Manchuria, y con elementos nuevos reformó su ejército, creando un Estado Mayor instruido y competente, docto en la paz y bizarro en la pelea, consiguiéndolo tras una selección activa y enérgica.

La oficialidad nueva cimentó su técnica en el estudio y la practicó en continuas y útiles maniobras, que dieron provechosas enseñanzas.

El soldado ruso es sobrio y fuerte, ajeno á esas leyendas de ferocidad que le dan colorido salvaje.

Poseen los rusos excelente y moderno material de guerra, que puede competir con el de sus contrincantes.

Austriacos y germanos tienen ejércitos diestros y material rico y profuso, y han puesto enfrente de la invasión moscovita crecidos contingentes, cuyo total diferirá muy poco del de sus enemigos.

El teatro de operaciones del Oriente comprende tres zonas, la Galitzia austriaca, la Prusia oriental y la Polonia rusa.

La Galitzia está francamente abierta á la invasión rusa. La frontera la forman el Vístula, des-

de Cracovia á Sandomierz y el Zbrucz, afluente del Dniester.

Tomado Lemberg por las huestes moscovitas, era preciso al invasor asediar Przemysl y Cracovia, para seguir su avance atravesando los Kárpats; asediaron, efectivamente, á Przemysl y continuaron su marcha; en *razzias* fugaces, queriendo pasar la vasta cordillera por Ulzok, al Sur de Turka, por Oekomerzo, al Sur de Biszka y por Korosmezo, en el origen del Theiss, y reservas móviles del ejército austro-húngaro, hicieron fracasar estos intentos.

Fracasó, asimismo, el asedio de Przemysl, por la artillería combinada de austriacos y germanos, y en esta zona sigue una acción intensa de los beligerantes, con superioridad numérica, no muy excesiva, de los moscovitas, y con la ventaja para ellos de operar en país enemigo.

En la Prusia oriental llegaron los rusos en decisivo avance hasta las inmediaciones de Königsberg y allí sufrieron una derrota que puso punto final á su marcha victoriosa.

El suelo de la Prusia Oriental es pobre y fangoso; región de lagos, dificultan avances y retiradas, los pantanos abundosos y el terreno encenagado.

Se extiende la frontera desde Nimmersatt, al Norte de Memel á Mysłowitz, una longitud de 1.100 kilómetros, presentando la forma de una *v* invertida, cuyo saliente al Oeste lo forma la Polonia rusa.

En su parte septentrional, del mar al Vístula, el país de los Mazures es una región pantanosa que se eleva hacia el Norte en la fértil meseta de Samland, cuya ciudad principal es la plaza fuerte de Königsberg. Entre el Vístula y el Vharta, lagos estrechos, paralelos á la frontera, cubren bien su defensa.

Al Sur del Vharta, su afluente, el Prosna está bordeado en su orilla derecha, que es la frontera, por bosques extensos y pantanosos; y desde el Prosna á la frontera austriaca hay un bosque que surcan numerosas carreteras y vías férreas.

El primer sector lo defiende el Vístula. Tiene este río una anchura media de más de 600 metros y hasta siete de profundidad; pasa por Graudenz y desemboca en el mar por muchos brazos; por el Oeste el brazo principal pasa por Dirschau y Danzig, por el Este el Nogat pasa por Marienburg y desemboca en el gran lago de Frisches. Danzig está protegido por inundaciones; y los fuertes de Weickselmunde y Neufahrwasser defienden la desembocadura del Vístula. Delante de este gran río, Königsberg, que puede ser abastecido por la flota germana y es un excelente punto de apoyo.

El cuerpo atrincherado de Thorn defiende el segundo sector; las hondonadas pantanosas de Netze y el Vharta defienden otro sector; Posen defiende el Vharta y Breslau es defensa de la Silesia, sobre el Oder, línea pantanosa cortada por barrancos.

El resto del país en esta región, se defenderá más por la movilidad y energía de sus fuertes ejércitos que por la acción y potencia de sus campos atrincherados. La Polonia rusa constituye un entrante entre Austria y Alemania. El Vístula es obstáculo importante. El Narew, Bobra, el canal Augustow y el Niemen, forman paralelamente á la frontera de la Prusia Oriental una línea fácilmente defendible.

Los pantanos de Pinsk fueron un tiempo obstáculo insuperable, hoy no pueden ser punto de apoyo en la defensiva, ni base de operaciones en el avance.

La defensa de todas estas zonas, especialmente en esta época otoñal y en el próximo invierno, está en sus nevadas estepas, en sus helados campos, en sus enfangados pantanos y en sus invadables ríos.

Pasarán meses de lenta acción guerrera, preparatoria de luchas encarnizadas y decisivas, mientras en Occidente continúan hablando su terrible lenguaje de destrucción: el cañón, el fusil y la bayoneta.



Un centinela ruso

CAPITÁN FONTIBRE

MUJERES DE PARÍS

BIANCA VALORIS



La calle de Henri Martín, en Passy, va desde la vía de este nombre á la de Nicolo: es una calle corta, ancha, solitaria, limpia, curvada como un alfanje. Las casas, de cinco y seis pisos, son de construcción rica y el tiempo dejó su pátina solemne en la piedra de las fachadas. Por encima de un viejo paredón donde triunfan con estridente algarabía de colores, carteles de Brunelleschi y de Capiello, verdea la fronda de un parque: álamos blancos, castaños de India, pinos negrales, sauces. De día, esta lozana mancha campestre comunica al ambiente claridad fuerte y rústica; de noche, en la concavidad de la calle y bajo el reposo de los árboles, las pisadas de los transeúntes escasos resuenan mejor.

Situado junto al Sena y cual escondido tras la grata extensión silenciosa del Trocadero, Passy es el barrio predilecto de las gentes á quienes aturde el tráfico de la capital; el refugio favorito de los rentistas modestos y de los amantes dichosos, que quieren gozar egoístamente de aquella pequeña fortuna ó de aquella gran pasión que les dió la vida.

—Yo nunca hubiera podido vivir en Montmartre—me dice la Valoris;—Montmartre es frívolo, es vicioso, es canallresco; Montmartre enseña las piernas y se acuesta borracho... Y el arte no se busca así; para sentirlo bien necesitamos aislarnos, porque únicamente en la soledad florecen las rosas del jardín interior.

Por eso la Valoris—una de las mujeres más lindas de la Ciudad-Sol—vive en Passy. Su cuarto de la calle Henri Martín, con sus paredes claras y sus muebles de laca, es de una sencillez vestal. No hay retratos, ni bibelotes, ni máscaras grimosas, ni cuadros baratos: en los muros limpios sólo triunfa la luz. Su dueña parece preocuparse únicamente de los colores. En el comedor, verbigracia, revestido de amarillo y cubierto por una alfombra verde-musgo, la Valoris nos recibirá vestida con un pijama color malva; luego, al entrar en un gabinete tapizado de azul y pasar ante la gran pupila de un armario de luna, se envolverá como al descuido en una bata blanca. Llenan la casa una claridad y un silencio de amanecer. Un día pasado allí, sin hablar con nadie, nos comunicaría la impresión de habernos quedado sordos. Todo calla. En el saloncito, un reloj eléctrico, un reloj que no late, avanza sin ruido, como el Tiempo, y de su esfera parece desprenderse una agorería.

Cae la tarde. Sentada en un diván, la Valoris fuma cigarrillos egipcios mientras lee con voz grave versos de Rousard. La música de su garganta, unida á la música del poeta, la adorme-

ce, la enerva, la exalta...

—Cuando ingresé en el Conservatorio—dice—mi voz era agria, estridente; una voz sin penumbras, que arañaba y mordía... Fué Leitner, el viejo actor, quien obligándome á estudiar el papel de Agripina en la tragedia *Britannicus* de Racine, me reveló el secreto tempestuoso, cálido, infinitamente expresivo, de las notas profundas.

Sospecho que también debe de haber contribuido á la educación de su laringe, la facilidad conque parla diversos idiomas: es una políglota formidable que conoce además del francés, su lengua-madre, el italiano y el árabe, y que en los teatros de Oxford, Cambridge y Folkestone, ha llegado á representar en inglés.

Su voz caliente,—voz de contralto—responde admirablemente á su figura y la completa.

Nacida en París, de padres italianos, Bianca Valoris añade á la elegancia de actitudes de las francesas, el vigor pasional de su raza, de su gran raza vieja y artista, preferida del Sol. Sobre un cuerpo de proporciones varoniles, la cabeza de líneas fuertes, repite la hermosa trágica de las mujeres fatales: es Fedra, es Cleopatra; puede ser también Judith, ó Salomé, ó Tháís...

La Valoris tiene una belleza triste. En sus sonrisas, en sus manos que tienden á cruzarse, en todas las armonías de su escultura, parece arrastrarse una laxitud; esa laxitud semejante á un resoldo, que dejan en la carne las pasiones profundas. Mientras habla, sus largos ojos orientales rebosan la melancolía de algo íntimo, muy arcano, muy negro. Esta gran sombra aparece, se oculta, vuelve... mezclándose aquí y allá, á los recuerdos de arte evocados por la comedia. Hemos citado á Racine y mi interlocutora entorna los párpados; bajo sus pestañas, su alma busca el misterio propicio del crepúsculo; de sus labios, los versos del poeta fluyen lentos, con una serenidad de oración:

...Compagne du péril qu'il vous fallait chercher
moi-même devant vous j'aurais voulu marcher.
Et Phèdre au Labyrinthe avec vous descendue
se serait avec vous retrouvée on perdue...

Hay después una pausa, y en la pausa un suspiro. Evidentemente la actriz—Fedra—en aquellos momentos no se dirige á «Hipólito». ¿A quién entonces?...

El diálogo cambia. Bianca Valoris habla de Egipto y su imaginación se inflama con las visiones del país extraño que eternizó en sus necrópolis las muecas de la vida.

—Me hallaba entonces convaleciente—dice;—mi espíritu había conocido momentos terribles y necesitaba quietud. Por eso, tal vez, el Egipto me parece el país más hermoso del mundo, porque la paz de su vida, su silencio, la perpetuidad azul de su cielo, la monotonía de su horizontes, respondían á mi desolación interior y la consolaban. Yo callaba siempre y quería que todo callase á mi alrededor...

Para acompañar á la actriz en su evocación, cierro los ojos. Las palabras de la Valoris me recuerdan lecturas y dibujos de escenas orientales vistos aquí y allá, hace tiempo. Me parece caminar montado sobre un camello.

—Todas las tardes—dice—á la hora del crepúsculo, yo iba á pasearme en coche por la orilla del Nilo. El río bermejo y fecundo, deriva sosegadamente y un silencio húmedo se desprende de sus aguas. El añil del horizonte palidece; nubes violetas, nubes anaranjadas, nubes mancha-

das de rojo, de verde y de malva, adornan con fantásticas bambalinas la muda agonía del Sol. Al cabo, el color púrpura triunfa de los demás; un púrpura de rubí, límpido, ardiente; un púrpura de brasa; y sobre aquel inmenso charco sangriento, los troncos cilíndricos de las palmeras son más blancos. La sombra de la enorme pirámide de Cheops se hunde en el río. La obscuridad crece rápidamente; á lo lejos suena una canción soñolienta, uniforme, imprecisa, vaga como el desierto; una tonadilla de notas largas, de notas sin ritmo, compuestas para ser arrastradas por la planicie. Sigilosamente las estrellas van encendiéndose. Una barca, junto á cuyo timón vigila la silueta crecida y enjuta de un árabe, avanza río abajo; sus dos velas triangulares, llenas de viento, se abren como las alas de una mariposa sobre el cristal que platea la luna.

Mi interlocutora prosigue:

—De noche el espectáculo era aún más interesante. Muchas veces, acurrucada en una lancha, he esperado la salida del Sol. ¡Ah! ¡Qué transparencia, qué dulzura, qué recogimiento, qué inefable religiosidad tienen las noches del Cairo! En estas excursiones me acompañaban tres criados. Uno de ellos remaba, otro cantaba, el tercero, sentado á mis pies, según la moda oriental, quemaba ámbar en un brasero. Jamás mis nervios vibraron con emoción igual. Nadie me hablaba, nadie me incomodaba. Estaba sola. Me creía reina, me creía niña... La embarcación avanzaba pausadamente; los remos se hundían en el agua sin ruido y al reaparecer tenían fosforescencias de azabache; la tonadilla del árabe cantor me arrullaba y daba á la barca ritmos de cuna; el perfume místico del ámbar, por una tergiversación de sensaciones, inspirábame deseos selectos de rezar, de llorar, de morir...

Bianca ha vuelto á reclinarse en el diván; sus brazos desnudos, cruzados atrás, bajo la nuca, dan un gesto de bayadera á su figura.

—Quien una vez bebió el agua del Nilo—dice—volverá á beber...

Adormece los ojos; sus largos ojos de color ladrillo, apacibles, serenos, sus ojos tranquilos, buenos y tristes, ojos samaritanos, educados en la contemplación de las grandezas del desierto y del mar.

Me levanto para marcharme y la Valoris se pone de pie. Su cuerpo estatuario, vestido de blanco, merece un pedestal. Sus cabellos copiosos enmarcan su rostro magníficamente: son cabellos admirables, cabellos ardientes, que recogieron todos los matices de la canela y de las llamas. Seguramente ni los de Diana ni los de Friné, fueron mejores. Apasionan, queman, al ondular se tiñen de amarillo y de ocre, como los maizales bajo el viento. Podrían servir de síntesis á las más egregias virtudes: son rubios como el Sol, padre de la luz; rubios como la piel del león, símbolo de la valentía; rubios como el oro, por el que los hombres dan la vida...

En el recibimiento, ante la puerta entornada de la escalera, hemos reanudado nuestro diálogo.

—En poco tiempo—exclama la Valoris—he caminado mucho. En mi profesión, la vida ficticia del teatro se superpone á nuestra vida real, mézclase á ella y llegamos á no distinguir claramente lo ilusorio de lo cierto. A propósito de escenas que he representado, que he sentido artísticamente, me pregunto: «¿Las he vivido?...» Y, en cambio, de otras que viví verdaderamente, pienso: «¿Las he representado?...» Nuestra pobre conciencia, tan mudable, tan frágil, tan poco segura de sí misma, cambia sin cesar. A veces mis aventuras me parecen episodios de la historia de otras mujeres, capítulos de novelas por mí leídas ha mucho tiempo, no sé dónde... Tres años atrás, yo...

La interrumpo, porque he adivinado su pensamiento:

—No se canse usted,—digo—hace tres años usted no era la que es hoy; era usted «otra»...

Y luego:

—Usted, que ha viajado, debe saberlo, Bianca. Vivir es renovarse, es dejar de ser para ser nuevamente. Nuestra vida es siempre una barca, que va por un río...

EDUARDO ZAMACOIS

París Octubre, 1914.



FANTASÍAS DE OTOÑO CARRERAS DE CABALLOS

SUAVEMENTE, bajo el cielo azul con sueltas y leves nubes blancas, va deslizándose la tarde. Un vientecillo mansurrón hace temblar las hojas inseguras y doradas de los árboles. Dorada también la luz del sol que luego tenderá las púrpuras sangrientas y desarrollará los encendidos cobres del vespertino tranquilo en el lejano horizonte.

En la limpia paz de la tarde otoñal se destacan puros los colores y suenan claras las voces.

Van y vienen por los paseos laterales, se destacan detrás de las blancas barandas de los palcos, siluetas femeninas. En lo alto de un *mail coach* flirtea una dama cubierta de chinchillas, con un jovencito vestido exóticamente de levita gris. Por dos veces ha ondeado la bandera del *starter*. Primero para la «militar lisa» en que los gayos colores de los oficiales pusieron fugitivas manchas rojas y azules en las curvas de la pista. Después para la «Robert Peal» que hizo revivir por rápidos momentos los cuadros de *jockeys* que pintaba Degas y los dibujos tan decorativos de Cecil Aldin.

Pero esto no es bastante. Falta la fiebre inquieta, vocinglera de las apuestas, la silueta del *book-maker* con su cuaderno en la mano y su pipa en la boca; faltan las cocotas ó las *manequins* con los trajes atrevidos, audaces que lanzan la moda inmediata; faltará luego el retorno alegre, confuso, al son de las largas trompetas ó las broncas bocinas, mientras en el más alto asiento de un coche de carreras una mujercita rubia siente en la sangre la locura del champán y sabe que en el bolso, entre la barrita roja de los labios y la barrita negra

de los ojos, tintinean unos luses ó se arrugan unos billetes más, que acaso arrebatará el *bridge* de la noche...

ooo

En un palco. Dos muchachas.

—¿Ves? Nada nuevo. La guerra nos ha fastidiado.

—Como que las modistas y los sastres no saben qué hacer. Están desolados. No vienen más que figurines yankis. Ya ves: imposibles de copiar.

—Haría falta ser tan cursi como esas que llevan la capa larga ó la boina caída hacia atrás.

—No me hables de las capas. Las llevan hasta las hijas de las porteras y las tiradoras de re-creo.

—Muchas gracias.

—Hija. Esa capa tuya, corta y con abrigo, es bien *chic*. ¿Pero quieres decirme si lo son esas otras de confección casera en que se embozan las niñas góticas?

—¡Oh! Mira qué sombrero. ¡Qué atrocidad! Es de la moda de Junio.

—Como que en eso de los sombreros no tenemos más remedio que acogernos al redondo de las alas anchas y sin adorno ninguno. Como ese tuyo. Es lo único que se puede llevar para no desentonar.

—Y ya tienen su nombre: sombreros neutrales.

ooo

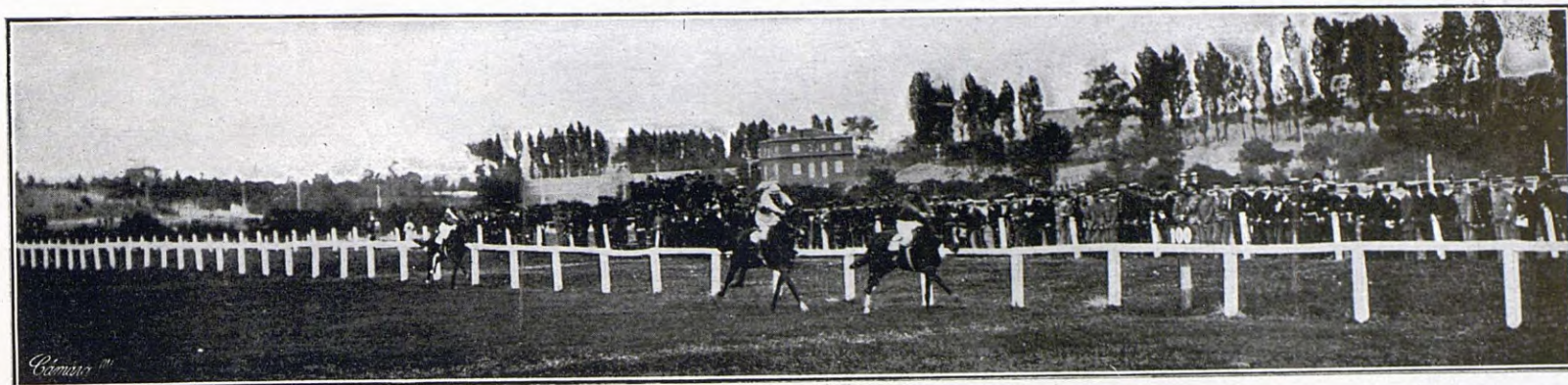
Paseando. Dos individuos:

—Creame. Es querer y no poder. En España no nos interesa el caballo. No le pedimos más que en la plaza de toros para que lo desangre un cornúpeto. La *training* inglesa no la concebimos. La *forma* perfecta, á los cuatro años, que consienta una procreación en excelentes condiciones, tampoco. Mire usted en torno suyo. Dígame si esto no es una caricatura del *Derby* londinense ó del *Grand Prix* francés.

—Ahora sí. En otro tiempo no. Antes de inaugurarse este Hipódromo, el año 1878, hubo en Madrid mucha afición por las carreras de caballos. Dos grandes de España, el duque del Infantado y el de Osuna, las implantaron por los años de 1835 á 1837. Sobre todo en el Hipódromo que el duque de Osuna construyó en su posesión de la Alameda, y luego,



El público en las carreras de caballos



Aspecto de la pista durante una de las carreras verificadas en este otoño

en el paseo de las Delicias se celebraron carreras de *gentlemen riders*. Poco después, el año 1841, se formó la primera Sociedad para fomento de la cría caballar. La fundaron los duques de Osuna, Veragua y San Carlos, y los marqueses de Alcañices, Terranova y de Castelar, y como les negaran el permiso para hacer un Hipódromo en la Casa de Campo, arrendaron una posesión á orillas del Manzanares, llamada Casa Blanca, y allí se celebraron las primeras carreras de caballos públicas el 20 de Abril de 1845. El gran premio lo ganó el caballo *Pagoda*, del marqués de Guadalcázar.

—¿Y de cuánto era el premio?

—De seis mil reales. No era una fortuna comparado con los 150.000 francos del Derby inglés; los 100.000 marcos del Berlín-Hoppegarten; los 114.000 del Derby austriaco; los 70.000 del ruso, y, sobre todo, comparado con los 160.000 del *Grand Prix*, de Longchamps.

ooo

En un automóvil. Una señora y un caballero:

—Tarda tu marido...

—Otras veces te parece lo contrario.

—Es que ahora quería pedirle un favor.

—¿Más dinero?

—Sí, hija. Estos caballitos son peores que los de San Sebastián.

—Allí tampoco ganabas.

—Pero «desgraciado en el juego...»

—Buen sinvergüenza estás. ¿Y ahora quieres que el refrán se lo apliquemos á mi marido?

—Los maridos suelen ser desgraciados en las dos cosas. Por eso no me casaré nunca.



Uno de los caballos triunfadores
FOTS. CAMPÚA

Detrás de la empalizada. Un matrimonio burgués y la hija del matrimonio:

—Tú dirás lo que quieras, Nicolás; pero yo me aburro de una manera atroz. ¿La otra carrera es igual?

—No; la otra es *Criterium*.

—¿Y eso qué es? Parece cosa de iglesia.

—Criterio en latín. Aquí dice «para potros y poirancas, pura sangre de dos años».

—Entonces no será criterio, hombre.

—Pues aquí lo dice bien claro. Pregúntaselo á la chica, que para algo va á la Escuela del Hogar...

ooo

En el «tendido de los sastres». Una aguadora y una castañera:

—A mí deme usted la primavera, señora.

—Y ¿ú mí. Entodavía no me he estrenado.

—Como que no viene nadie. Cualquiera bebe agua en este tiempo.

—Eso no; porque bien calientes están las castañas y tampoco las prueban. En cambio en primavera da gusto. Lo menos seis docenas de naranjas no me las quita nadie.

—¡Pues si no se las quitan hace usted chico negocio!

—Es un decir, señora. Las vendo como quiero. Vienen muchos novios y con el calor... pues... necesitan refrescarse... ¿Usted me comprende?

ooo

Ya de noche. Castellana abajo desapareció el último carruaje. Un gran silencio descende sobre el Hipódromo. El guarda cierra la verja de entrada. Estornuda.

—¡Vaya! Me constipé como todos los años. Y menos mal si no es pulmonía como en el Otoño de 1912. Al demonio se le ocurre celebrar estas cosas al aire libre y en este tiempo.

José FRANCÉS



LA DECORACIÓN Y EL MATERIAL ESCOLAR EN LA ARGENTINA



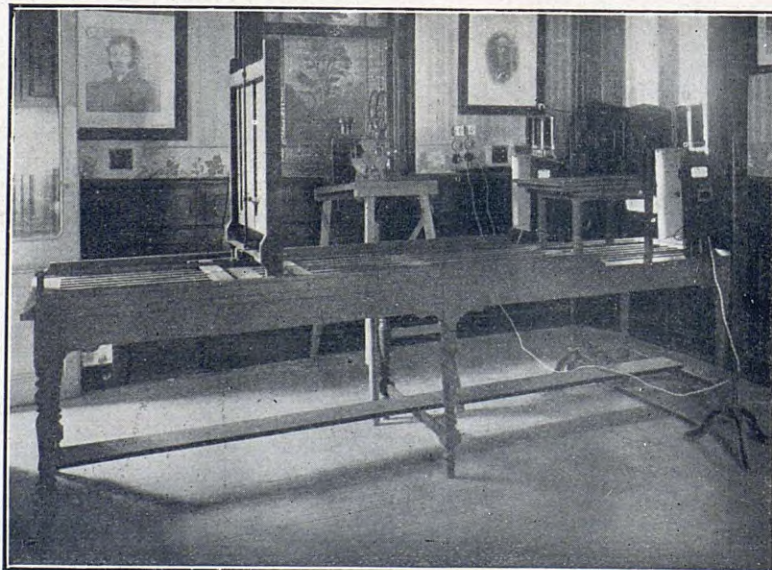
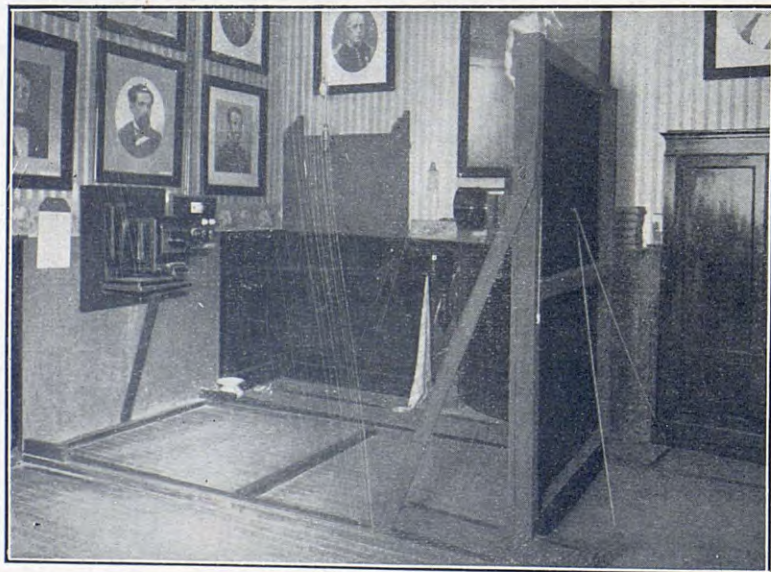
Catarata del Ignazú

No obstante las numerosas publicaciones hechas por varias importantísimas Casas editoriales de Europa (en especial, de Alemania, Francia é Inglaterra), la decoración escolar y la fácil disposición de un adecuado material de enseñanza para ciertas materias—Geografía, Historia, Ciencias Naturales, Arte,—sigue siendo un problema complicado, especialmente en los países que en este respecto han de vivir de la producción extranjera. La complica-

ción procede, principalmente, de estas dos causas: carestía de los objetos, que se aumenta por el gran número que precisa adquirir para tener dotadas todas las escuelas, y falta de motivos especialmente aplicables á la historia, arte, geografía, etc., de los países no productores, cuyas necesidades no pueden ni comprender, ni atender totalmente los extraños.

Una parte considerable de la dificultad han venido á resolverla—y de cada día la resolverán

mejor—los aparatos de proyecciones para cuerpos opacos. Pero hay otro procedimiento de más amplia aplicación (las proyecciones no resuelven el problema de la decoración escolar, en la parte gráfica), que es el que ofrece la fotografía. Ese procedimiento es el propio de la institución argentina denominada «Oficina de ilustraciones y Decorado escolar», creada en Buenos Aires y en 1908 por iniciativa del que fué Presidente del Consejo Nacional, Dr. Ramos Mejía.



Talleres de reproducciones y de ampliaciones fotográficas en la Oficina de decoración escolar de Buenos Aires

La creación de esta Oficina supone varias cosas importantes: independencia de la producción industrial, con las ventajas económicas, también pedagógicas, que esto significa; seguridad de una selección perfecta en vista de las necesidades nacionales y de la orientación que conviene dar en el país á las diversas materias que los productos de la Oficina abarcan; sujeción del decorado y parte del material escolar, á un plan de cultura que «tienda á difundir el buen gusto y á propagar el conocimiento de las Bellas Artes, conjuntamente con las bellezas de nuestra tierra (copio palabras de un argentino) y la efigie más exacta posible de los hombres que, en una ú otra forma, han contribuido á su independencia, cultura y progreso», así como la vista real de los sitios históricos ó la representación de hechos á que el arte ha dado una expresión gráfica.

La Oficina es, fundamentalmente, un taller de reproducciones y ampliaciones fotográficas, con sus naturales dependencias de montaje, encuadrado, impresión de positivos, etc. Para estos fines ha sido dotada—y doy testimonio de ello por impresión personal—de todo el instrumental moderno más perfecto, de algunas de cuyas instalaciones dan idea los fotograbados que acompañan á este artículo.

«La tarea fundamental—dice el folleto explicativo que el Consejo publicó en 1909—para las ulteriores aplicaciones que ha de efectuar la Oficina, es la de proporcionarse los negativos, ya tomando directamente los asuntos, ya obteniéndolos mediante la reproducción de copias de positivos impresos en papeles fotográficos, grabados, etc.»

La gran cantidad de reproducciones, ampliaciones y diapositivas (también las hace) que la Oficina ha de producir—y ha producido ya—para atender debidamente á su objeto, exigen la formación de un archivo perfectamente dispuesto y

catalogado, para que los ejemplares no se deterioren y sea fácil y rápido el encuentro de lo que en cada instante se busca. Esa disposición y clasificación se ha hecho de una manera ingeniosa y práctica, que asegura el fin propuesto.

Las ampliaciones que van encuadradas llevan en el respaldo una etiqueta con todas las indica-

maestros en el archivo central, según los asuntos en relación con las enseñanzas generales ó especiales de cada región.

El catálogo general, una vez impreso, se enviará á las escuelas.

Una enumeración de las series de asuntos á que en la época de mi visita sujetaba su producción la Oficina, dará idea de la vasta aplicación que este sistema tiene al programa escolar: 1. Retratos de próceres y argentinos ilustres; 2. Reproducciones de cuadros, pasajes, reliquias históricas y monumentos; 3. Escenas infantiles para servir de tema á los ejercicios de composición oral y escrita; 4. Escenas y costumbres de la vida de animales domésticos, con el mismo objeto; 5. Bellezas del territorio argentino; 6. Reproducciones de obras maestras de la pintura; 7. Reproducciones de obras maestras de la escultura; 8. Fauna argentina y americana, individualizada; 9. Flora argentina y americana, individualizada; 10. Reproducciones de obras de pintura y escultura de artistas argentinos; 11. Reproducciones de obras maestras de arquitectura; 12. Escenas de la vida ganadera, agrícola, fabril y comercial de la República Argentina.

Como ejemplos de algunas de estas series, doy tres fotografías de paisajes y monumentos. En las de interiores de la Oficina se verán varios retratos de los correspondientes á la serie primera. A juicio mío, la Oficina de ilustraciones y decorado escolar, dirigida durante algunos años por el inspector técnico D. Guillermo Navarro, de origen español, representa el modo más rápido, más amoldable á las exigencias de cada país, más sistemático y, en fin de cuentas, más económico, de dotar á las escuelas primarias y Normales—¿por qué no, también, á los Institutos y Universidades?—de una parte considerable de su material de enseñanza y de los objetos que su decorado necesita.—RAFAEL ALTAMIRA



La Catedral de Córdoba (República Argentina)

ciones necesarias para su empleo y para su referencia al catálogo de la Oficina. La impresión de las diapositivas se hace por medio de prensas fotográficas «que poseen en su parte interna un sistema de iluminación eléctrica de incandescencia con luces roja y blanca, provistas de conmutadores á pedal: lo que permite al operador efectuar las impresiones con tanta comodidad como rapidez.» Las dimensiones son 8,5 por 10 centímetros.

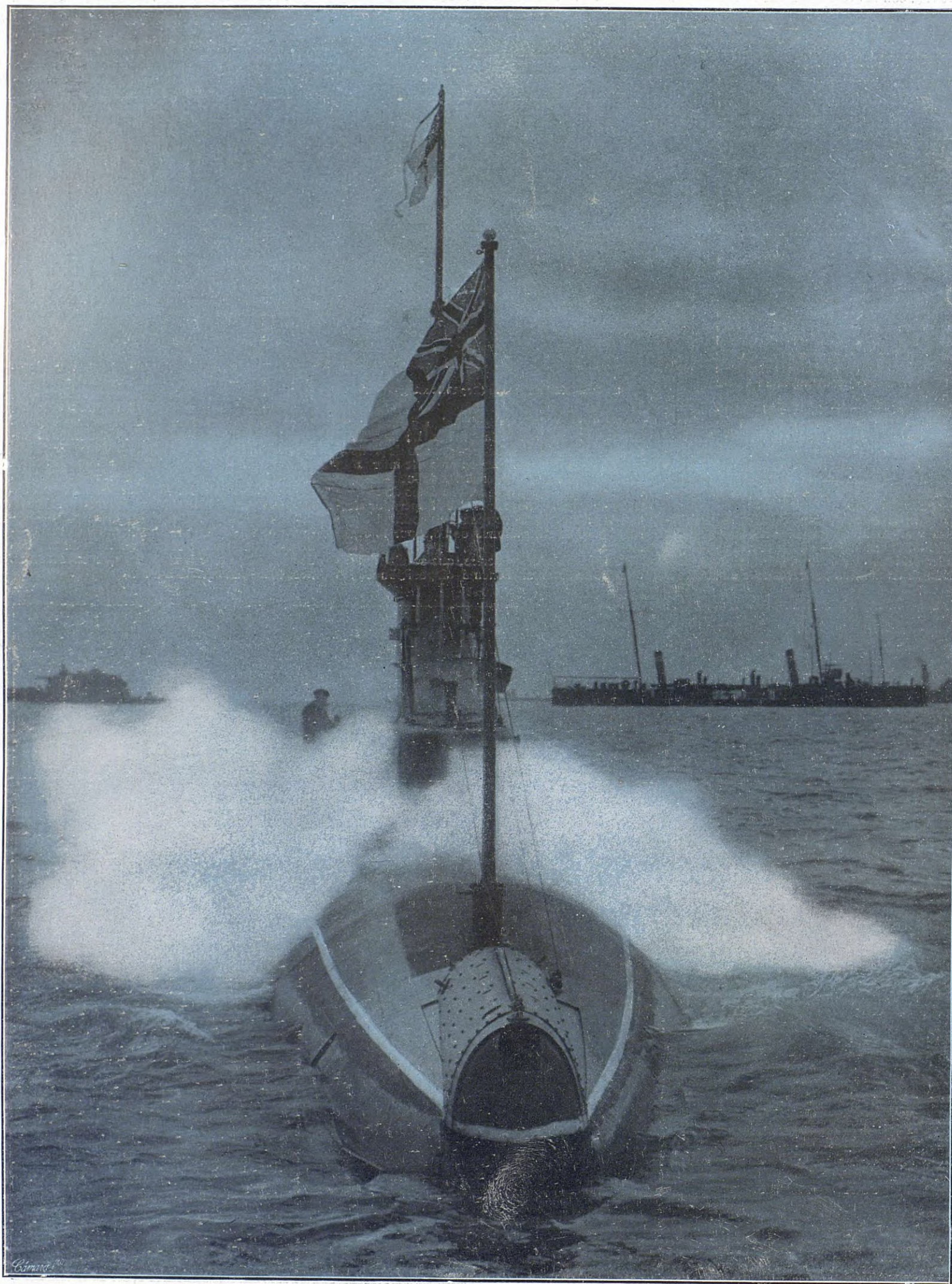
Van clasificadas en series, que se distribuyen á las escuelas ó se tienen á disposición de los



Pino del convento de San Lorenzo, en Santa Fe

LA ESFERA

LA GUERRA BAJO LAS OLAS



EL SUBMARINO INGLÉS "E. 8", QUE ECHÓ Á PIQUE UN "DESTROYER" ALEMÁN EN EL MAR DEL NORTE

LA ESFERA

TIPOS ESPAÑOLES



LA SANTERA

La fe, que tan recia raigambre echó en el alma del pueblo, hace subsistir á esta mujer de ojuelos vivaces y plantas firmes, curtida por el sol y el viento, madrugadora como una alondra, incansable como un misionero, amiga de todas las parejas de guardias civiles, conocida de todos los cazadores furtivos, temerosa de Dios.

Otros seres iban antaño por el mundo con una flauta, con un retablo, con un harpa, con un hachillo; los hay que ambulan con un buche cargado de baratijas ó con un fonógrafo rebotante de granadinas y soleares del *Mochuelo*. El mundo es de los que caminan.

Rapsodista ó buhonero, bululú ó peregrino, candidato á Cortes ó conquistador, apóstol ó viajante de comercio, arriero ó santera, la vida es para los que andan.

Quietos, con infecunda quietud, se están el túmulo, el lago, la araña, el Consejero; pero ni la estrella—que parece serenidad—ni el camino—que simula estancamiento—cesan en su inactividad, recorriendo órbitas maravillosas ó prolongándose de un pueblo á otro.

Andando se ve cuán grande y cuán pequeña es la tierra; con pies, con carabelas, con ruedas, con alas, con ideas y con voluntades se ha explorado el mar, el cielo, el alma. Sólo el Misterio—país de maravilla, donde no entró aún ni el comisionista, ni el diputado radical—, permanece en nuestra imaginación como un mapa sin trazar, porque todo él es camino...

Pero nos hemos alejado de la santera, que, andarina infatigable, ya columbra las primeras callejas del pueblo.

La fe le orienta y la fe le aguarda. Apoya la diestra mano en una cayada sólida; sostiene con la izquierda la urna donde se guarda la Imagen milagrera.

Quizá esta buena mujer la sacó, previa la debida licencia, de la ermita próxima al lugar en que se le rinde culto fervoroso; en otras regiones, de la santera es el San Roque ó la Dolorosa que con tanto amor y respeto conserva en la urna, junto á la cual un legítimo instinto de conservación puso cierto cepillo que engulle, á veces con abundancia, monedas y más monedas.

Muchas veces acontece que esta peregrina hizo un voto de piedad, y que por agradecer al Altísimo ó á su Divina Madre la cura de unas fiebres ó de otra dolencia misteriosa y grave, resolvió caminar descalza de pueblo en pueblo con el Santo protector, para proclamar la misericordia de Aquellos que, desde el Cielo, velan por los humanos gusanillos: acto ejemplar que conquista no pocos prosélitos y que ahonda en los corazones el surco fértil de la fe.

¿No recordáis haber visto esta devota en algún punto de Castilla? Azotaba violento sus prietas sayas el cierzo serrano, ó se derramaba sobre los rastros el sol abrasador... El paisaje era hosco, triste, desolado: á lo largo de la carretera las cigarras y los hilos del telégrafo acordaban su estridor soñoliento; en el cielo azul, volaba pausado un alcotán hacia la colina ó el castillo que en la lejanía se perfilaba.

Y la santera, apoyada en su cayado, seguía caminando, insensible á las inclemencias del paraje, de la hora, de la estación, con su preciosa carga apoyada en la cadera, hasta que detrás de

una fila de chopos aparecía el pueblo, nueva etapa y término, por entonces, de su viaje.

Samaritana de hoy, su urna es cantarillo rebosante del agua fresquísima de la salud. A la puerta de las casas — enjalbegadas, con un alegre zócalo azul, ó con sus miserables paredes de adobe—suelen aguardarla los deudos del paciente.

La santera penetra en la morada: allí el aire sombrío y dulce es caricia que ahuyenta los ardores tórridos de la solana. En la alcoba—que huele á membrillo ó á azafrán—el enfermo yace inmóvil sobre la cama de ramada colcha; sus ojillos rebrillan de fiebre; las escuálidas manos alárganse, como para recoger la inapreciable ventura que dentro de su urna la andariega mujer le trae; y por un momento, estos aldeanos que nada esperan, fatales y resignados, de los Gobiernos, murmuran sus eternas preces pidiendo al Cielo alivio para sus desdichas.

Concluida la ceremonia, la santera recoge el óbolo que la caridad quiso y pudo darle, y dirígese á otros hogares donde la ciencia del médico titular se cruzó, impasible, de brazos.

En todos ellos entra una ráfaga de poesía; en todos ellos estos castellanos que pasan su vida suspirando por la cosecha, por los hijos, por las contribuciones, sonríen radiantes. Y la buena mujer de la urna cumple, sin proferir jamás una queja, su misericordiosa misión.

El mundo es de los que caminan. Y si no el mundo, la fe que salva, la poesía que ennoblece, la gloria que aupa, el sagrado entusiasmo que trueca todos los cardos de la vida en rosas.

DIBUJO DE OLIVERA

E. RAMÍREZ ANGEL

LA VIDA LITERARIA

EL MUSEO DE ARTES INDUSTRIALES



Vista de una de las salas del Museo de Artes Industriales, de Madrid

EN una de las calles más típicas del viejo Madrid, en la del Sacramento, está instalado el Museo Nacional de Artes Industriales.

La pluma de Diego San José y su pasmosa identificación con otro tiempo en que tan noble y castellanamente señorial floreciera el alma española, harían falta para describir la sugeridora melancolía de esta calle, que en el siglo XVII fue la preferida del señorío y una de las más abundantes en casas principales y de las más concurridas.

Hoy día la calle del Sacramento tiene una dulce serenidad provinciana. Despierta nuestros pasos el eco sobre sus aceras y es un inesperado remanso, después de la ruidosa algarabía de la calle Mayor, que va paralela a ésta donde el Museo de Artes Industriales aguarda, como una evocación más de rancio españolismo.

Porque la soñadora melancolía que nos invade en la calle, solitaria y silenciosa, del Sacramento, se afirma y nos envuelve más, por entero, apenas entramos en el Museo.

¿Acaso es esto un Museo? ¿Da esa sensación fúnebre, triste, desolada y fría de los «panteones de bellezas», como llamara un gran crítico inglés a los museos?

No. Todo lo contrario. Es como si entrásemos en la casa de un hidalgo. Nada del siglo contemporáneo nos rodea, y en torno nuestro todo recuerda nuestra raza. Están dispuestos y colocados de tal manera muebles, telas, cobres y cerámicas, que parece conservar calor de hogar español, lo que es centro de cultura y de enseñanza.

Sillones frailunos y de floreos guada-

maciles, mesas de recios tableros cubiertos de paños finamente tejidos; viejos tinteros de Talavera, tazas de Alcora, fuentes, platos talaveranos, catalanes y valencianos; arcones de fuerte talla que guardan campesinas vestiduras de Salamanca, de Avila, de Cáceres, de Segovia, de Toledo; tapices de cálidas combinaciones alpujarreñas, finísimas mallas de sencillos tejidos, cobres de braseros, velones y platos que en recia tosquedad, reproducen motivos bíblicos o caballerescos...

Pero pasada esta primera impresión, vemos que en este Museo hay algo más que la reunión de objetos donde podamos evocar la antigua alma española.

Un miope de espíritu no podría ver más que lo que ve en un Museo Arqueológico, é incluso llevaría esta natural miopía a imaginar—y aun á decirlo—que es una prolongación de una de las secciones del Museo Arqueológico Nacional.

Quien tal piense y quien tal crea se equivoca de un modo rotundo é indisculpable.

Vamos á procurar, ajustándonos al limitado espacio de que disponemos, decir lo que es, lo que significa y lo que llegará á ser el Museo de Artes Industriales.

□□□

Creado por Real decreto de 31 de Diciembre de 1912, siendo ministro de Instrucción pública el señor Alba, este Museo representa hasta qué punto la intervención activa de la crítica es beneficiosa.

Rafael Domenech, el ilustre crítico de arte y profesor de San Fernando, no se ha limita-



Platos de cobre de los siglos XV y XVI



Bordados antiguos españoles



Camisa bordada en sedas. Arte antiguo español



Bargueño y cerámica española

do á su labor periodística y editorial en favor de un renacimiento del arte decorativo de España. Ha puesto todas sus energías, toda su voluntad, al servicio de esa idea. Lo que significa la obra del señor Domenech no puede apreciarse aún. Se verá dentro de unos cuantos años; cuando de este recién nacido y admirable organismo, salgan artistas y artífices, que, gracias al Museo de Artes Industriales, renovarán por completo, y dentro de una tradición netamente española, el arte decorativo en nuestra patria.

Para ello el señor Domenech ha encontrado grandes facilidades en sus compañeros de Patronato, personas todas de reconocida competencia estética. Estos señores son: El Obispo de Madrid-Alcalá, el Inspector general de Bellas Artes, directores de las escuelas de Artes y Oficios é Industrial, don Vicente Lámpera, don José Suárez, don Basilio Paraiso, don Gabino Stuyck y don Félix Boix.

A las órdenes de Domenech figuran como conservador del Museo, don Luis Pérez Bueno, competentísimo y dotado de una vastísima erudición artística; restaurador, don Emilio García, y el profesor, don Francisco Pérez Dolz.

Identificados todos estos elementos tan valiosos, con el señor Domenech, llevarán, indudablemente, á feliz término el propósito educativo del ilustre crítico.

Antes, cuando la industria y el arte acudían á los museos arqueológicos, era para realizar la imitación fiel ó alterada del arte viejo; no la renovación, es decir, la originalidad en el arte moderno, como una prolongación, como un perfeccionamiento del antiguo.

En este sentido, el Museo de Artes Industriales, en vez de haberse ajustado al criterio que preside en los museos de artes decorativas, franceses, ingleses ó belgas, tomó como ejemplo los de ese género

que hay en Alemania y Austria. Estas dos naciones fueron las que primero comprendieron la importancia didáctica de los museos de artes decorativas, dando cabida en ellos á elementos técnicos, agrupando sus ejemplares con un valor bastante exacto en la ciencia decorativa, instituyendo laboratorios de química y talleres donde realizar, bajo la inspección de competentes profesores, trabajos que contribuyeran al sostenimiento y prosperidad de los respectivos museos.

Es decir que, en oposición al quietismo, á la ineficacia práctica de los museos arqueológicos, estos museos representan el fomento activo de las artes industriales.

Respondiendo á este fin didáctico, la organización del Museo de Artes Industriales, se divide en tres series: históricas, geográficas y técnicas.

Es preciso que al público, á los decoradores, artífices, obreros é industriales, se les enseñe no la sola evolución histórica y las características geográficas del arte industrial, sino también las evoluciones técnicas.

Como ejemplo de estas evoluciones técnicas, existen actualmente en el Museo español, una sección de cuero labrado y patinado, desde el dibujo del natural de los elementos decorativos, hasta la terminación del trabajo—hecho por la señorita Aurora Gutiérrez Larraya—, y otra de cerámica talaverana, desde la composición de sus pastas plásticas, hasta la decoración policroma de los objetos antes de la cocción y después de ella, realizada por el ceramista talaverano señor Niveiro.

También existen en el Museo curiosos ejemplares de artes industriales extranjeras, como porcelanas y vidrios de la fábrica de Copenhague, demostrativos de lo que puede ser el arte moderno, basándose en las tradiciones populares y aprovechando los elementos contemporáneos.

Por último, además de estos elementos de que dispone el Museo de Artes Industriales, posee también una admirable biblioteca, donde los artistas pueden encontrar toda clase de obras que se relacionen con el arte decorativo, y una valiosa colección de documentos fotográficos de indiscutible utilidad.

ooo

Tal es, á grandes rasgos, lo que significa el Museo de Artes Industriales, de Madrid.

Ha de tenerse en cuenta que está todavía en un período constitutivo, y que la consignación oficial para su sostenimiento no es muy crecida. Poco á poco se convencerá el Estado de la importancia nacional de este Museo. Por lo menos, ya empiezan á convencerse algunos particulares y los valiosos ejemplares que posee el Museo se ven aumentados por donativos y envíos importantes, como los remitidos recientemente en calidad de depósito, por el inteligentísimo coleccionista don Atanasio Páramo.



Un detalle del Museo de Artes Industriales, de Madrid

SILVIO LAGO

EL PUEBLO DE BERLIN Y LA GUERRA



Entusiástica despedida hecha á un tren militar alemán, por la población de Leipzig, en los comienzos de la guerra
(DEL «ILLUSTRIRTE ZEITUNG»)

La prensa alemana comienza á llegar á nuestra redacción, ofreciéndonos nuevos elementos informativos gráficos de la campaña. Prohibida rigurosamente en Alemania la publicación de fotografías referentes á las operaciones, compensa la escasez documental mecánica de la guerra, el trabajo artístico de los dibujantes alemanes, que recogen en la vida cotidiana de Berlín, Dresde, Leipzig, Munich y otras grandes poblaciones germánicas, páginas muy bellas, demostrativas del elevado espíritu que mantiene el pueblo alemán á través de esta guerra espantosa, capaz de agotar las energías y las resistencias de las razas más fuertes



Detención de un sospechoso de espionaje (un individuo disfrazado de mujer) en una calle de Berlín
(DIBUJO DE F. SCHWORMSTADT)

del mundo, pero que no ha mermado un ápice, hasta la fecha, en ninguno de los países en guerra.

Dos escenas intensas de esa vida germánica, reproduce la presente plana, sorprendidas por el lápiz magistral de Félix Schwormstadt. Una es la partida de un tren de reservistas, en la estación de Leipzig, á festejar á los cuales acude en masa la población, colmándoles de regalos y de flores, entre luminosas sonrisas de mujer, que son anticipado galardón de héroismos.

El otro momento fijado por el artista, es la detención de un espía en las calles de Berlín; terrible episodio que se desarrolla á diario en los territorios de las naciones beligerantes.

LA JUVENTUD QUE TRIUNFA



El maestro Millán, autor de la partitura de "El Príncipe bohemio", en la que se ha revelado como un compositor de gran porvenir. En el óvalo, D. Manuel Merino, autor del libreto

FOTS. ALFONSO

La Empresa de la Zarzuela, en su loable empeño de dar á conocer las producciones de los compositores jóvenes españoles—bello ejemplo de proteccionismo artístico que deberían imitar los Gobiernos—y á la que debe ya el público de Madrid la revelación de un músico de tan alta valía como Joaquín Turina, autor de la exquisita *Margot*, acaba de lanzar á la nominación un talento injustamente ignorado, el maestro Millán, que, con su *Príncipe bohemio*, opereta en un acto, sobre un libro de D. Manuel Merino, triunfa en estos momentos en el clásico escenario donde triunfaron Gaztambide, Arrieta, Barbieri, Fernández Caballero, Jiménez, Bretón y el nunca bastante llorado Ruperto Chapí.

Sin duda, la partitura de *El Príncipe bohemio*, evidentemente influida por un género lírico extranjero, en boga durante un momento en todos

los teatros del mundo, y á cuya poderosa sugestión es difícil huir por parte del músico, si en su pupitre de trabajo descansa un libro enteramente calcado sobre el tipo de opereta vienesa, no ofrece aquella independencia de procedimiento, ni aquella originalidad de ideas, ni, y esto es quizá el principal reparo que á la obra pudiera oponerse, desde el punto de vista de la nacionalización del género, las orientaciones exactas que ha de adoptar el genio ó el talento de nuestros músicos. Pero, con no satisfacer la partitura esos anhelos justificados en quien ame el arte patrio, realiza cumplidamente, dentro de la categoría que le asignaron sus autores, su objetivo esencial: halagar deliciosamente el oído con sus melodías fáciles, espirituales, elegantes, de acentuado sabor austriaco, con sus ritmos graciosos, chispeantes, plenos de ese *sprit* refinado que ca-

racteriza á Lehar, Leo Fall y Strauss; con su orquesta luminosa, brillantísima, fecunda en combinaciones de timbres y en efectos de sonoridad inesperados. Y si cumple esa finalidad, sirviendo, además, las situaciones y aun mejorándolas y realizándolas, y si al placer superficial, pero agradabilísimo, que ello proporciona al espectador, va unida la satisfacción inherente al hallazgo de un joven artista poseedor de todo el talento y de toda la técnica y el temperamento teatral necesarios para mayores empeños musicales, no hay sino relegar á un rincón hasta el más leve intento crítico, y dar por buena y aun por excelente esa primera obra importante del maestro Millán, felicitándole por su éxito clamoroso y á la nueva generación de músicos españoles consagrados al teatro, en cuyas filas acaba de ingresar un colega de positiva valía.—A. B.



Una calle de Moreuil



La carretera de Boves

EN TIERRAS DE PICARDÍA



Mujer picarda

A ver sucederse las batallas en tierras de Picardía, se piensa en que hay en el mapa de Europa lugares trágicos que parecen atraer la guerra y retenerla entre sus valles, sus playas y sus montes. Cambian en el transcurso de los siglos los medios de combatir que la Humanidad va inventando; á la honda y á la maza del hombre primitivo sucede el hierro forjado, el arco y la flecha de la Edad Antigua y el arcabuz más tarde y luego el cañón y al cabo las tremendas máquinas que hoy siembran la muerte y arrasan las ciudades, con furor satánico, y sin embargo, los lugares apropiados para la contienda siguen siendo los mismos. La pobre Picardía es una de estas tierras predilectas de los estrategas. Allí lucharon las tropas de César y Marco Aurelio, allí Clodión, el jefe franco consolidó la capitalidad del reino de Neustria, allí vencieron los ingleses á Francia, allí vencimos los españoles, allí se ha guerreado en todos los siglos y los nombres de aquellos pueblos, San Quintín, Amiens, Calais, han torturado frecuentemente nuestra memoria de chiquillos, cuando estudiábamos Historia en el Instituto.

Cuando la guerra pasa, cuando aquella región, delimitada por la Naturaleza, pasa á dividirse en trozos de reinos, de condados, de provincias que llevan otro nombre y se borra el de Picardía, parece como que un ambiente de poesía la circunda y la salvaguardia.

Y así vive á través de la Historia, conservándose íntegra su alma regional, reverdeciendo sus campos cruzados de regatos y canales, embelleciéndose sus pueblos con la floresta abundosa, restaurando sus industrias textiles que ya abastecían á las Galias y á Roma, perpetuando sus tradiciones en las bóvedas, en los pórticos y en las cristalerías de sus iglesias góticas, manteniendo en sus lobos de mar y en sus labriegos y en sus obreros y en sus pastores arcádicos el tipo de aquella raza, que ha conocido todas las invasiones y en las que todos los pueblos hemos puesto unas gotas de sangre.

Allí, bajo el cielo gris, bajo el sol que empalidecen las nieblas, hay ennegrecido por las inclemencias del tiempo, un Cristo de piedra que escucha impasible el tremendo rugir del Océano. preso en el estrecho Canal de la Mancha, y este Cristo, famoso en el mundo, el *Beau Dieu d'Amiens*, es como un símbolo de la región que se interpone entre las brumas del Norte y los verdes declives de la Champagne inmediata, donde las vides muestran su lozanía bajo los azules de un cielo alegre y luminoso.

Este Cristo oprime bajo sus plantas un león y un dragón, mientras sus manos serenas bendicen al pueblo y les muestra el Evangelio, que es la paz.

Y Picardía se ve simbolizada en ese Cristo, y tiene la esperanza de que algún día, ella aplastará al león y al dragón, que son la guerra.

Pero ese día parece cada vez más lejano. Ahora, los más empeñados combates, las batallas más fieras, se han trabado en la bella región brumosa. Se han roto los cauces de los canales y el agua ha encharcado los verdes prados y los bosques; en las mismas orillas del mar la devastación de la umbrosa campiña se produce por los mismos cañones amigos de la escuadra inglesa. La región bella, es toda dolor, toda ruinas, toda lágrimas y miserias.

En las fábricas el cascode de los techos y las chimeneas hundidas se mezcla con el hierro retorcido de las máquinas rotas.

En los pueblos comienza el éxodo.

Así han pasado veinte siglos sobre aquella tierra consagrada por tanta sangre. ¡Ahora como en tiempos de César y Marco Aurelio, como en tiempos de Clodión y de Felipe II y de Napoleón. ¡Pobre Picardía!

EL CONFLICTO
::: EUROPEO :::

TURQUÍA A FAVOR DE ALEMANIA



Reclutas y reservistas turcos, dirigiéndose hacia sus respectivos cuarteles, vigilados por gendarmes y soldados

Un nuevo factor de lucha ha venido á sumarse á la conflagración, y aunque la entrada de Turquía en la guerra era cosa descontada, pues nadie que siga con atención la política europea, ignora las simpatías que profesaba el imperio otomano al germánico, su protector manifiesto en cuantos litigios planteara el eslavismo á Turquía, no ha dejado de producir enorme impresión lo mismo en las naciones en armas que en las que permanecen neutrales.

De diversos modos es juzgada esa intervención turca en el conflicto, según el punto de vista adoptado en el estudio de los actuales acontecimientos. Para unos, es la última carta que se juega Alemania, agotada ya por el esfuerzo gigantesco que viene realizando en la Prusia Oriental y en las líneas franco-belgas para contener las ofensivas rusa y aliada, y que buscaría en la acción turca en Egipto y en el Mar Negro, con la inevitable llamada de fuerzas moscovitas é in-

glesas, á los puntos amenazados, la debilitación de los adversarios en los teatros de operaciones actuales. Para otros, por el contrario, la participación de Turquía es síntoma favorabilísimo para la causa germánica. Según éstos, Turquía, siempre cauta, no se habría aventurado á dar tal paso, de no tener ya seguro el triunfo de Alemania, lo que le garantizaría la vida como Estado europeo cuando llegue el momento de la rectificación del mapa político de Europa.



Los reclutas y reservistas turcos, con el nuevo uniforme del ejército de Turquía
FOTS. CHAUSSEAU FLAVIENS



La nueva artillería turca, pasando por las calles de Constantinopla, durante la movilización

NOTAS CIENTÍFICAS

CÓMO SE PESAN LOS ASTROS

Un poco ardua parece la tarea, así, á primera vista considerada. Lo primero que se echa de menos, para darle cima, es una báscula, romana ó balanza apropiada. No nos cansemos en buscarla. La razón servirá para el caso y sin miedo de que nos mienta en el peso.

Pero la exposición del procedimiento no es cosa sencilla, ya que debemos dar de lado á todo lo que sean fórmulas. No importa: basta con la atención del lector.

Este ha reparado sin duda, mil veces, en la caída de los cuerpos. Abandonados éstos en el aire, se precipitan siguiendo la vertical ó dirección de la plomada, con velocidad creciente, hasta dar contra el suelo ó contra un obstáculo que anule é impida su movimiento.

Caen los cuerpos como atraídos por la masa de la Tierra, y la dirección en que verifican su movimiento es la que marca la posición del centro de esta masa terrestre. No se fuercen en su descenso ni á la derecha ni á la izquierda, porque siendo la fuerza atrayente la resultante de todos los esfuerzos que todas las partículas del mundo ejercen sobre el grave, en esa dirección debe moverse sin torcer á ningún lado, como no se inclina un coche si los caballos, en tronco, tiran con esfuerzos equilibrados.

Todo lo dicho es quizá demasiado vulgar. Lo que no lo es tanto es que esta ley de atracción no es peculiar de la Tierra para los cuerpos libres situados cerca de la superficie. Todo cuerpo atrae á otro y, á su vez, es atraído por él: es el amor inorgánico que tiende á unir á todos los seres.

Lo que sucede es que en los cuerpos, de no exageradas dimensiones, la fuerza es pequeña, y no puede arrastrar hacia sí á los que solicita, clavados, por así decirlo, á causa de la atracción terrestre, lo que llamamos su peso.

Mas el físico Cavendish hace ya muchos años que discurrió la balanza que lleva su nombre, con la cual se pone de manifiesto la universalidad de la atracción, y que aparece en la figura primera.

Ella muestra á las claras la constitución del aparato, que no necesita explicaciones. Si acercamos las dos masas de plomo A, las bolas B, libres casi de la acción de la gravedad que si tiende á bajar á una es á costa de obrar la otra, se precipitarán, atraídas por las grandes esferas, con una velocidad (supongamos), de un milímetro, en el primer segundo de la caída.

Si la experiencia se hace con masas doblemente pesadas, en igual volumen, la caída es más rápida, y juntamente la velocidad es de dos milímetros en el mismo primer segundo. Esta es la

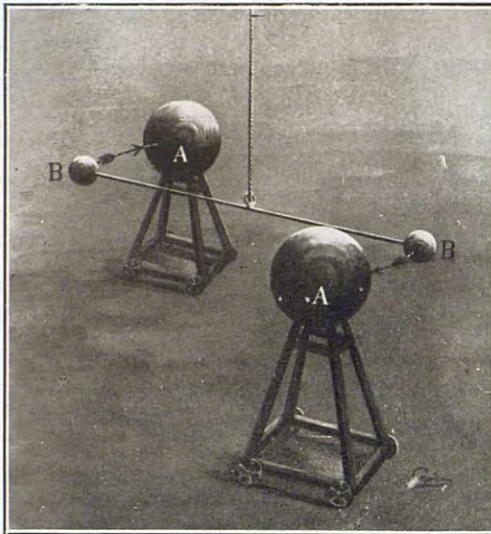


Figura 1.ª

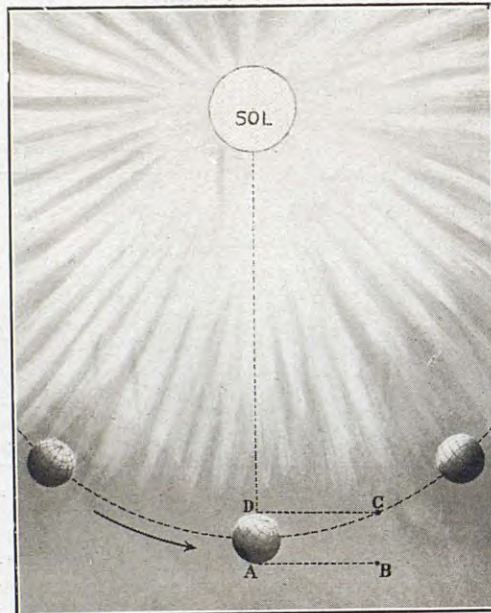


Figura 2.ª

primera ley: á doble peso atrayente, doble velocidad; á triple peso, triple velocidad, etc.

Veamos la segunda ley:

Volvamos á repetir la experiencia con los primeros pesos A, de plomo, que imprimen á las masas B, un milímetro de velocidad en el primer segundo de la caída. Si las retiramos á doble distancia, la velocidad de caída es más lenta, y las esferas B sólo recorren un cuarto de milímetro durante el primer segundo de la aproximación. Si la retirásemos á triple distancia, la caída sería nueve veces más lenta, etc. Repitamos: primera, á doble peso atrayente, doble atracción; á triple masa, triple, etc.; segunda, á doble distancia, cuatro veces menor la rapidez de caída; á triple, nueve veces más lenta, etc. Y con estas dos leyes, como brazos de la balanza, vamos á pesar dos mundos.

Los cuerpos recorren en el aire 4'9 metros en el primer segundo; pues si la distancia de este cuerpo al centro fuese la misma que en la experiencia, las veces que 4'9 metros ó 4.900 milímetros es mayor que uno, sería mayor la Tierra (en peso) que la masa de plomo, según la primera ley: es decir, 4.900 veces más pesada. Pero la distancia, que suponemos era antes de un centímetro, se ha convertido en seis millones de metros, distancia aproximada al centro de la Tierra desde su superficie; luego estando más lejos, para que produzca el mismo efecto, debe ser tantas veces mayor que 4.900, como indica el producto de 600 millones de centímetros (ó sean seis millones de metros) multiplicado por sí mismo, ó sean 36 seguido de 16 ceros.

El peso, pues, de la Tierra, estará expresado por 49 por 36 seguido de 18 ceros (ya que 4.900 lleva dos de ellos) veces la esfera de plomo que producía la atracción en la experiencia.

Procedimiento análogo se sigue para pesar el Sol. La figura segunda muestra el camino que la Tierra recorre en un año alrededor del astro del día. Si éste no la atrajere, seguiría en línea recta. Al encorvarse siguiendo la línea, lo hace obligada por la masa solar, y en vez de ir, durante un segundo de tiempo, desde A á B, va de A á C, cae, pues, hacia el Sol la cantidad AD, que puede medirse y se mide realmente, y por un cálculo análogo al anterior se llega á conocer la masa ó peso del Sol, por el camino que hace recorrer á la Tierra en la dirección en que se halla, durante un segundo.

Así se ha encontrado que en kilogramos, el peso de la Tierra está representado por el número 6, seguido de 21 ceros; y que el Sol pesa 359.200 veces más que la Tierra.—RIGEL

EN BREVE, APARECERÁ EN LAS LIBRERÍAS

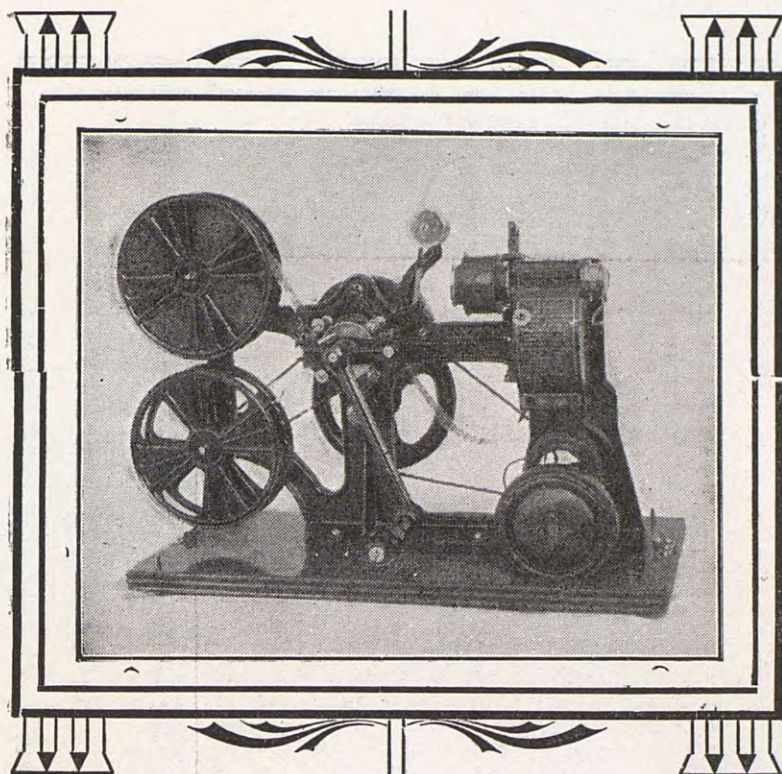
ESPAÑA ANTE LA GUERRA

por DIONISIO PÉREZ

Un tomo de más de 200 páginas, en el que se incluyen los artículos publicados en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", por nuestro ilustre colaborador

PRECIO 2,50 PESETAS

Nuestros lectores y corresponsales pueden dirigir sus pedidos á la Administración de "Prensa Gráfica", Hermosilla, núm. 57



“KOK”

La vida del campo sin distracciones que recuerden la vida de Madrid, se hace insoportable, sobre todo en las veladas. Para evitar el aburrimiento adquiera usted un

CINEMATÓGRAFO

“KOK” PATHÉ FRÈRES

EL QUE MENOS GASTA • EL MÁS ENTRETENIDO
EL MÁS UTIL en las noches de mal tiempo para el gabinete, y en las noches espléndidas de gran calor, para el jardín

Pídanse catálogos. :: Precios fantásticos, inverosímiles por lo reducidos

PELÍCULAS ININFLAMABLES DE ASUNTOS
INTERESANTÍSIMOS Y VARIADOS
ALQUILERES Y ABONOS DE LAS MISMAS

MAYOR, núm. 18, entlos.-- MADRID

Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

== Venta de números sueltos ==

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR “PRENSA GRÁFICA S. A.”

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. MASSIP y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de “Prensa Gráfica”, Hermosilla, 57, Madrid ♦ Apartado de Correos, 571 ♦ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ♦ Teléfono, 968 ::

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA

Europeo-Americana

HA OBTENIDO EL PREMIO DE MAYOR CATEGORÍA EN TODAS CUANTAS EXPOSICIONES SE HAN CELEBRADO DESDE EL COMIENZO DE SU PUBLICACION (Zaragoza, Valencia, Santiago, Quito, Bruselas, Buenos Aires, Gante)

10.000 biografías rigurosamente inéditas. • TRIPLE número de voces que las contenidas en los diccionarios más extensos. • VERSIONES de la mayoría de las voces en francés, italiano, inglés, alemán, portugués, catalán y esperanto. • 10.000 de obras en su sección bibliográfica. ETIMOLOGÍAS en sánscrito, hebreo, griego, latín, árabe, lenguas indígenas americanas, etc. etc. • COLABORACIÓN Mundial y Especialista. • Elementos de España, América y Extranjero

ES LA MEJOR Y MÁS EXTENSA DE CUANTAS SE HAN PUBLICADO
Y SE PUBLICAN, NO SÓLO EN CASTELLANO, SINO EN CUALQUIERA OTRO IDIOMA

DATO ELOCUENTE: Los tomos I á XIX publicados, contienen 22.631 grabados intercalados, de fotografías del natural; 1.625 láminas en negro (varias de ellas dobles), que integran 9.893 grabados; 270 láminas en color (muchas de ellas dobles), que contienen 2.416 grabados, y 1.071 mapas y planos (también varios de ellos dobles). De manera que esta ilustración, ya en los 19 primeros tomos, supera en mucho á la que contienen las más afamadas Enciclopedias.

Se publican unos cuatro tomos por año :: Publicados los tomos I á XIX

Agencias para la venta en las principales capitales

Hijos de J. Espasa, Editores, Calle de las Cortes, 579, Barcelona

K Â U L A K

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

Supera al mejor
extranjero



Pts. 1,25 pastilla, en las buenas perfumerías

BARTOLINI

Creación de la Perfumería **FLORALIA** GRANADA 2.
MADRID

JABON

Flores

del

Campo

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS



res. / 137